

MADRE ISABEL EDUCADORA

Por: M^a del Pilar Pérez-Serrano. HCCJ

Madrid 1991



PRESENTACIÓN

El siguiente trabajo es una sencilla presentación de la figura y del pensamiento pedagógico de la sierva de Dios Madre Isabel del C. de J. Larrañaga y Ramírez, Fundadora de la Congregación de las «Hermanas-de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús» Una mujer que supo captar las necesidades de su época -segunda mitad del siglo XIX- y dio una respuesta: la educación cristiana.

Es el pensamiento de un «alma grande» que constata las consecuencias de una educación superficial e incompleta, y se siente impulsada a poner de su parte cuanto pueda para contribuir a su remedio.

Su valor no está, pues, en el plano teórico, sino en ser una orientación totalmente vivencial, fruto de una experiencia y de un apostolado.

Es la concepción pedagógica de Madre Isabel libre de interpretaciones subjetivas o erróneas.

No es un trabajo exhaustivo, sino un estudio de tipo general y sencillo. Desde la óptica educativa capta el pensamiento de ta Sierva de Dios y sus líneas fundamentales en la formación cristiana que llevó al alma de sus hijas y de sus educandas.

Es el fruto de un cariño y de un agradecimiento muy sentido hacia la Madre Isabel y hacia la Congregación por ella fundada de una hija suya, alumna de sus colegios desde la temprana edad de su vida.

Es, finalmente, el deseo de profundizar en una educación de sentido cristiano, y demostrar su eficacia para ayudar a otros a alcanzar la madurez humana en un momento tan confuso, desde el punto de vista ideológico, como es el actual.

LA AUTORA

I. AMBIENTACIÓN HISTÓRICA

Nos encontramos en la segunda mitad del siglo XIX. Toda la historia española de este siglo fue una especie de guerra civil permanente. La situación política e ideológica es agitada y confusa, como lo prueba el hecho de que entre 1812 y 1876 se promulgasen en nuestro país siete Constituciones de Gobierno.

Se inician los acontecimientos de este siglo con las conspiraciones y revueltas que antecedieron a la guerra de la Independencia, debidas al descontento que producía el favoritismo de Carlos IV por Godoy, y los riesgos que comportaba la política de Napoleón, a la que aparecíamos unidos por el Tratado de San Ildefonso (1796). El pueblo hace su aparición, como sujeto principal de la historia, el 2 de mayo de 1808. En este momento el cuadro general que se presenta es una España oficial en bancarota y una España popular con deseo de renovarse.

Tras las vicisitudes de esta guerra y el momento importante de las Cortes de Cádiz (1812), tiene lugar el reinado de Fernando VII (1814-33), con la alternancia de sus fases absolutista, liberal y la llamada década negra.

La inestabilidad y el descontento aumentaron en el reinado de Isabel II (1833-68). En él hay que señalar las guerras carlistas y las oscilaciones entre el matiz liberal y moderado de sus gobiernos. Importante por sus repercusiones posteriores es la «Desamortización» decretada por Mendizábal en 1835.

Esta inestabilidad culmina en 1868 con la Revolución que lleva al destierro a Isabel II. Tras el efímero reinado de Amadeo de Saboya, que acaba con la proclamación de la primera República, en la que los gobiernos se suceden sin llegar a un equilibrio definitivo, la Restauración de los Borbones en la persona de Alfonso XII trae la ansiada calma política, pero no la ideológica. Socialismo y anarquismo vieron terreno propicio para difundir sus ideas. Andalucía y Cataluña, representadas por Cádiz y Barcelona, son focos del obrerismo español.

La realidad tremenda de nuestro siglo XIX es que puso a prueba la capacidad del español para el dolor, lo que se refleja en gran parte en aquel «me duele España», de Unamuno, exponente de los hombres del 98. Todas las clases sociales españolas alcanzaron su parte de dolor, de responsabilidad y de gloria a través del siglo. Al dolor físico que representaron las muertes en la guerra de la Independencia, guerras carlistas, defensa de las Colonias, epidemias, etc., se unió la emigración de muchos españoles a América, diversos países de Europa, tierras africanas, Asia, Oceanía. Unas veces por razones políticas, otras por motivos militares y muchas por vocaciones religiosas misioneras.

La inestabilidad social y política de España se refleja también en la enseñanza. Los planes y decretos se suceden, sin que se lleguen a experimentar sus resultados. Las contiendas políticas malograban los efectos de estas disposiciones, que no llegaron a aplicarse sino donde hubo autoridades celosas, y estas fueron pocas. A esto hay que añadir la supresión de las Órdenes y Congregaciones religiosas, llevada a cabo en 1873, y que asestó un rudo golpe a la enseñanza española.

Grandes figuras del pensamiento español que dejaron sentir su influencia sobre la pedagogía del momento fueron: Balmes, Menéndez y Pelayo y Vázquez de Mella. Y como preeminentes pedagogos españoles de este siglo destacan:

Concepción Arenal, que se preocupó con particular interés de la educación de la mujer y tuvo gran dominio de las cuestiones sociales y de los asuntos de la educación moral. La figura cumbre del padre Manjón, fundador de las Escuelas del Ave María. En sus obras se aprecia claramente el afán de renovar la escuela de su tiempo y de asentar sobre nuevas bases la obra de la educación. Y por fin, el discutido Giner de los Ríos, fundador de la Institución Libre de Enseñanza, hombre dotado de una envidiable capacidad educadora, y que ejerció desde el principio una poderosa influencia. Pero su Institución no fue madre, porque se olvidó del alma. Dio de lado al mejor elemento de la educación y la cultura: la religión. Y el éxito ni fue satisfactorio ni beneficioso.

La preocupación por la enseñanza es una constante a través de todo el siglo, y sus problemas se incluyen dentro de una situación histórica: inestabilidad. Sobre todo, está marcada por los acontecimientos de 1868, que son favorables a las preocupaciones pedagógicas. Sin embargo, en 1875, las tres cuartas partes de la población española son analfabetas, según un informe oficial de aquel momento (Santos M^a Robledo, representante del Ministro de Instrucción en el Congreso pedagógico de Barcelona de 1888).

La Revolución de 1868 no fue más que un episodio, y sus consecuencias obedecían a una causa que entonces empezaba a revelarse. Lo que estaba en crisis era el hombre español, y como consecuencia también la sufrían la monarquía, la religión, la cultura y la situación política de España.

La Restauración de la Monarquía Borbónica y la labor política de Cánovas del Castillo frenaron los ímpetus de la Revolución, pero no supieron cegar las fuentes de la misma. En 1876 entró en vigor la llamada Constitución de los Notables, más moderada que la de 1869. No se concedía en ella la libertad de cultos, sino únicamente tolerancia, y esta a condición de que todos, excepto el de la religión católica, se celebrasen privadamente. Juntamente con el culto se toleraba también la enseñanza y podían abrirse escuelas privadas, en las cuales se diera toda clase de instrucción en el orden moral y religioso. Mientras los católicos vivían escindidos en múltiples agrupaciones políticas y excesivamente confiados en que su religión era la oficial del Estado español, surgieron quienes, al amparo de esa tolerancia de la Constitución, se entregaron con innegable perspicacia a un trabajo fecundo en el campo más apto que pueda darse, cuando se tiene por fin cambiar la estructura espiritual de los hombres en uno o en otro sentido: el de la educación y la enseñanza.

Como consecuencia de estas situaciones la vida religiosa era muy débil. Había mucha ignorancia religiosa y el escaso culto era superficial. Sin embargo, la impiedad, aunque procaz, no era profunda y en el fondo el pueblo español era el de siempre.

Los obispos pusieron todo su afán en remediar estos males. Vieron claramente que el remedio más eficaz estaba en la educación y formación cristiana de la niñez y juventud, y apoyaron decididamente todas las instituciones que con esta finalidad surgieron entonces.

La Iglesia comienza a sentir más viva la obligación de difundir la verdad y de procurar a todas las clases de la sociedad una formación sólida. El siglo XIX se caracteriza por la gran actividad pedagógica en que la Iglesia católica colabora poniendo sólidos fundamentos. Y de hecho, Órdenes y Congregaciones religiosas dedicadas a la docencia surgen en este siglo: Claretianos, Carmelitas de la Caridad, Escolapias, Adoratrices, Concepcionistas, Dominicas, Terciarias Franciscanas, Hijas de Jesús, etc.

Y es en este momento y bajo este impulso cuando aparece la figura de Madre Isabel, que al frente de su Congregación de Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús se pone al servicio de la Iglesia.

II. MADRE ISABEL LARRAÑAGA Y RAMIREZ

«... Y acercándose Jesús le dijo: Id, pues; enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo cuanto Yo os he mandado. Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación de los siglos.» (Mc 28,18-20)

«Hay almas que son estrellas y hay estrellas que son flores»... Hubo una mujer que fue estrella y flor, que supo perfumar con su fragancia a la vez que con su luz iluminaba. Una mujer que al oír la palabra de Cristo que la invitaba: «Haced discípulos míos a todos los pueblos», comprendió la belleza sublime de ser apóstol, la hermosura misteriosa de convertirse en fruto sin dejar de ser flor. Esta mujer fue Isabel Larrañaga y Ramírez.

Con su nombre, Isabel, hay muchas mujeres, pero de su temple y virtud, de su delicadeza... pocas, porque solo las almas que han dado un sí grande y lleno, pensado y difícil..., solo los que han sido impulsados a la entrega por el deseo de darse en lucha, solo esos comprenden el amor. Y Madre Isabel amó con un corazón de mujer, pero de mujer entregada a Cristo. Su paso por la vida fue hermoso como el paso de la nieve, que todo lo blanquea y lo cubre de pureza; como la caída de la tarde, que deja en el alma la esperanza de un amanecer más luminoso.

1. Síntesis cronológica

1836. Nace, el 19 de noviembre, en Manila (Filipinas), cuando aún ondeaba allí la bandera española. El 30 del mismo mes, recibe el bautismo en la Iglesia de San Miguel Arcángel. Se le imponen los nombres de Isabel Alejandra.

Sus padres: Don Juan Andrés María de Larrañaga y Lasarte, militar español, y doña Isabel Ramírez Patiño, peruana. Isabel es la menor de diez hermanos. Alejandro Félix, Josefa Natalia, Francisco Adrián... son los nombres que nos han llegado.

1838. Fallece don Andrés. La pequeña Isabel, de apenas dos años, nunca recordará a su padre, de quien tantos rasgos y virtudes heredó.

1839. Isabel, con su madre y hermanos, regresa a España. Permanecen algún tiempo en Urnieta (Guipúzcoa), junto a la familia paterna.

1855. Con su madre y hermano, Francisco Adrián, Isabel marcha a Lima (Perú), donde permanece unos siete años.

1863. Regresa con su madre a España. Establecen su residencia en Madrid.

1867. Pasa seis meses en Roma. En su corazón madura el ideal de la consagración religiosa. Intenta ingresar en las Salesas.

1876. Siguiendo sus ideales, inicia la construcción de una Casa de Ejercicios en Ciempozuelos (Madrid). No se termina, no es ese el camino de la voluntad divina.

Toma parte en la peregrinación teresiana, organizada por san Enrique de Osó. En la audiencia del 15 de octubre, solicitó del Papa Pío IX la bendición para la obra que deseaba fundar; de él recibió decisivo aliento.

Urden contra ella y su confesor, padre Luis Caggiano de Azevedo, una grave calumnia. Entra en contacto con los jesuitas padre Antonio Zarandona y padre Balbino Martín. Marcha a Sevilla a la Casa de las Religiosas Filipenses. para hacer Ejercicios Espirituales.

1877. Funda en Madrid, el 2 de febrero, el Instituto. Se inicia como Pía Asociación y lleva el nombre de «Señoras Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús». Encamina el quehacer apostólico a los Ejercicios Espirituales, asistencia espiritual y material a enfermos y necesitados, catequesis.

En el mes de agosto, pasan a la Casa de Lagasca, 20. Visten un sencillo hábito negro.

1880. Por indicación de Monseñor Sancha y Hervás, da preferencia al apostolado de la educación cristiana de la niñez y juventud. Abre el primer colegio en Leganés (Madrid).

1881. Fundación del Colegio de Torrijos (Toledo).

1883. El 8 de septiembre, hace su profesión perpetua con Madre María Hurtado, en Torrijos. En la misma fecha recibe el Instituto la aprobación como Congregación Religiosa. El 7 de noviembre, el Cardenal de Toledo, Don Juan Ignacio Moreno, concede la aprobación diocesana de las Constituciones. A petición del mismo señor Cardenal, cambia el nombre del Instituto por el actual «Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús».

1885. Fundación del Colegio «Sagrado Corazón de Jesús» en Madrid, calle de Rey Francisco. En 1893 lo trasladará a la calle de Tutor.

1887. Consigue llevar la imagen de la Virgen del Patrocinio, que se veneraba en la cárcel y a la que profesó singular devoción, al Colegio «Sagrado Corazón de Jesús» de Madrid.

1889. Fundación del Colegio «Santa Susana», Madrid.

1890. Fundación del Colegio «San José» de Fuensalida (Toledo).

1891. Viaja a Roma. La finalidad: presentar a León XIII su obra y pedir su aprobación.

- 1894.** Fundación en América: Colegio «Nuestra Señora de Loreto» en Pinar del Río (Cuba).
- 1895.** Fundación del Colegio «Nuestra Señora del Carmen» en Villaverde Alto (Madrid). Viaja a Cuba.
- 1896.** Regresa a España. Cierre de la Casa de Torrijos (Toledo).
- 1897.** Por segunda vez, viaja a Cuba.
- 1898.** Fundación del Colegio «Sagrado Corazón de Jesús» en La Habana (Cuba).
- 1899.** El 17 de enero, fallece santamente en La Habana (Cuba).
- 1920.** El Papa Benedicto XV aprueba definitivamente el Instituto y sus Constituciones, el 28 de noviembre.
- 1957.** Se abre en Madrid el Proceso Diocesano sobre la Beatificación de Madre Isabel.
- 1961.** Se trasladan sus restos del cementerio de Colón, La Habana (Cuba), al Colegio «Nuestra Señora del Carmen», en Madrid, última fundación de Madre Isabel en España.
- 1962.** Clausura del Proceso Diocesano de Beatificación. Se envía a la Sagrada Congregación para la Causa de los Santos de Roma.
- 1983.** El 9 de mayo se abre solemnemente en Madrid, presidido por el Cardenal Vicente Enrique y Tarancón, el Proceso Cognicional sobre la vida y virtudes de Madre Isabel.
- 1985.** Es clausurado el Proceso Cognicional, el 1 de junio, en Madrid, por el Cardenal Angel Suquía Goicoechea. Se envía a la Sagrada Congregación (Roma).

2. Su educación

En contacto con la naturaleza norteña de España se modela en paz la personalidad de la pequeña Isabel entre juegos y estudios, plegarias y caricias.

Su madre, mujer de grandes valores humanos y cristianos, supo educar a sus hijos en el espíritu del deber, la energía y la lealtad, cualidades que les inculcó profundamente. Centró su interés en la educación de sus hijos, en su formación religiosa y cultural y procuró los medios necesarios para desarrollar sus facultades y aptitudes. Logró conseguir que Isabel, conforme a su condición, tuviese una educación esmerada y una formación completa.

El marco de la vida de la pequeña Isabel era de profunda religiosidad. Una formación espiritual sólida fue el fundamento de su educación. Eran las primeras semillas en el surco. Su madre y sus familiares, con quienes vivía, sabían muy bien que se recoge lo que se siembra, y por eso ambientaron su vida toda de cara a una profunda interioridad y a una solidez de virtudes.

Pronto tiene que cambiar el marco ambiental de su educación. Se trasladan a la capital de España. Aquí, doña Isabel, encontrará más recursos y otras ayudas para el sostenimiento de su familia. También podrá disponer de otros medios para alcanzar la formación que deseaba dar a sus hijos. A la pequeña Isabel, además, se le presenta un padecimiento de corazón que le acompañará toda la vida.

En la educación de Isabel, su madre tuvo muy en cuenta la realidad de lo que hoy llamamos educación integral. Procuró el pleno desarrollo de la personalidad tan rica de su hija. Con escogido profesorado, cultivó su inteligencia y alcanzó una cultura verdaderamente notable. Dominó tres idiomas extranjeros: inglés, francés e italiano, y en el suyo se expresaba con elegancia, exactitud y abundancia de léxico. Poseía aptitudes poco comunes para la música y la pintura. Además, sobresalía en las labores femeninas; sabía de todos los quehaceres domésticos y de todas las habilidades femeninas, por delicadas que ellas fueran.

Isabel, inteligente y con deseo de saber, aprovechó bien el tiempo de su formación y desarrolló en ella una mentalidad abierta y capaz de llegar a tener firmes convicciones.

No se quedaba atrás en la formación de su voluntad. Espigando en su vida, vemos que resaltan en ella tres grandes cualidades: la veracidad, la generosidad y la caridad.

Tal riqueza de dones hacía presagiar algún destino superior. Dios iba preparando a la que un día sería Madre y Fundadora de una Congregación religiosa, que en su mismo nombre hablaría de caridad y tendría como misión la enseñanza.

3. Dificultades a su vocación

En primer lugar, por parte de doña Isabel, su madre, que combatió tenazmente su vocación y puso a prueba la fortaleza y el amor filial de Isabel.

Doña Isabel no quería separarse de su hija. De sus diez hijos, ocho ya habían muerto, y Francisco Adrián había contraído matrimonio. En cierta manera su oposición es comprensible. Además, aunque buena cristiana, no comprendía las antinomias del Evangelio: el morir a sí misma, como el grano de trigo, para vivir; la locura y la humillación de la cruz para llegar a la exaltación verdadera; la mortificación, la pobreza...

Se mostró irreductible. Prepara viajes de turismo para distraerla; concierta algunos proyectos matrimoniales, que Dios e Isabel se encargaron de deshacer con suavidad. Con paciencia y constancia, Isabel sigue cumpliendo sus deberes de hija modelo, guardando en su alma el ideal de consagrarse a Dios. Tampoco descuida las conveniencias sociales de su estado y posición. Su simpatía y femineidad le daban un gran atractivo, y las cualidades de su corazón hacían que su amistad fuese muy estimada. Así la apreciaba la Infanta Isabel de Borbón cuando, más tarde, ponderaba «lo bien que estaría en manos de su amiga Isabel» el Colegio de Santa Susana, fundado para la beneficencia.

Sabe mantenerse fiel y sacar una fuerza singular de la escuela de los Ejercicios Espirituales, que practica anualmente en completo retiro. Y en ellos comprende y vive el «tanto cuanto» ignaciano en el uso de las cosas creadas.

Isabel tiene ya veintiséis años y no quiere forzar una solución. Está segura de que los planes de Dios se realizarán con suavidad. Entre tanto ejerce su apostolado haciendo el bien que puede a sus prójimos: visita enfermos, enseña la doctrina y prepara a recibir bien los Sacramentos.

Lo que a primera vista parece ser un obstáculo para la realización de su vocación, como eran los viajes, las relaciones de sociedad, resultó ser una fuente de experiencias magníficas que aprovecharía para la fundación de su Instituto, y lecciones muy útiles para la dirección de las vocaciones religiosas. Se cumple aquello de que «los caminos de Dios no son los caminos de los hombres» (Is 55,8).

Y llega el momento de que Isabel ponga a prueba el temple de su virtud. En 1876 marcha a Roma en peregrinación (Este viaje a Roma se lo aconsejó su director espiritual, el Padre Luis C. de Azevedo, redentorista italiano, sobrino del eminentísimo Cardenal Antonio C. de Azevedo, entonces en la Curia de Roma)

Lleva el propósito de pedir a Pío IX la bendición y el beneplácito para el proyecto acariciado. El Papa la anima a emprender la Obra que Dios le inspiraba, la bendice y la previene: tendrá que soportar muchos trabajos y sufrimientos. Y, efectivamente, la predicción se cumple de inmediato. La envidia por la delicadeza con que el Papa la había tratado prende en una compañera de peregrinación, y esta urde una grave calumnia contra Isabel. Su madre da crédito a lo que se dice de su hija y la somete a castigos y vejaciones. Las cosas llegan a tal punto que Isabel, aconsejada por su nuevo director, el padre Balbino Martín, S.J., marcha a Sevilla para unos días de retiro en la residencia de las Religiosas Filipenses. Su ausencia hace ver claro a su madre, quien, arrepentida, la llama y le entrega su casa y su dinero para que dé principio a sus proyectos. Era el año 1877.

«No queda confundido quien en Dios confía.» Pero esta confianza no es pasividad, sino valor y fortaleza.

4. La personalidad de Madre Isabel

A Madre Isabel es muy difícil encerrarla en palabras, es un alma demasiado grande para poder describirla. Dios la iba plasmando, la iba formando poco a poco, desde muy niña, para ser una representación de su Bondad, de la Bondad de Dios.

Madre Isabel viene a ser sencillamente una vibración de la bondad del Corazón de Cristo. Y esta bondad tiene en ella algo propio, algo personal: la bondad hecha madre. Ser madre es ser bondad, amor, comprensión. La madre no se reserva nada para sí, ni siquiera la gratitud de su hijo.

Y Madre Isabel fue MADRE. Con todas se mostraba madre, sobre todo con las religiosas, sus hijas, y con las niñas de sus colegios. A cada una parecía dedicarle un afecto particular.

De las alumnas sentíase especialmente madre, y se lo recomendaba a las Hermanas. Estas recogieron filialmente el sentir y querer de la Madre en estas palabras que pasaron luego a sus Constituciones: «... Ejercerán con ellas el oficio de madres cristianas.»

Su predilección era para las huérfanas y pobres. Toda su vida está esmaltada de las singulares muestras de amor que les prodigaba. Siempre intervenía de algún modo en la preparación de la Primera Comuni3n, y solía llamar a las niñas de una en una, o bien en grupos reducidos para hablarles más confidencialmente.

También le gustaba encargarse de acostar y levantar a las colegialas pequeñas, y les enseñaba a la vez las oraciones de la mañana y de la noche. Así nos lo cuentan las que fueron mimadas por sus desvelos. Para saber cómo era Madre Isabel había que conocerla. ¡Era tan madre! Y con una buena madre todo niño es feliz.

Su ascendencia vasca se dejará sentir en su temperamento. Poseerá a lo largo de su vida una energía y un poder extraordinario que le servirá de palanca cuando, más tarde, tuvo que realizar la difícil obra que Dios le tenía preparada.

Su mortificación no perjudicaba en absoluto a su espontaneidad, a su manera de conducirse. Amaba la pureza y procuraba ella misma formar a las niñas en esta virtud. Su humildad se reflejaba en el trato con las personas. Era enérgica y suave, mostrándose con firmeza, pero sin altanería, cuando llegaba el caso. Constante en sus decisiones, pero sin incurrir en terquedad. Era muy amable con todos.

La educación de Madre Isabel había sido exquisita. Sus aptitudes, su dedicación, sus deseos de perfección, todo contribuyó a que fuera una mujer muy preparada.

Su cultura es amplia; así nos lo muestran sus escritos. Su estilo es sencillo y sobrio, natural. Sabe siempre hallar la palabra propia y tiene el arte de adjetivar como es debido y añadir el adverbio oportuno. Su lenguaje tiene fuerza y dignidad.

Posee un notable conocimiento de los libros santos. Con frecuencia alude a la Sagrada Escritura, y la cita que hace es de memoria porque modifica algún término. También conoce los escritos de los Santos Padres, de autores ascéticos. Y podemos descubrir en su afán por la lectura las ideas y los santos de su preferencia. Cita a los santos: Basilio, Gregorio, Ambrosio, Bernardo y Teresa de Jesús.

Y esta cultura que ella poseyó, quiso que la tuvieran sus religiosas. Así prevé lo que ahora son Casas de Estudio, y dice que, si la Maestra de novicias no basta para formar a las mismas, simultáneamente en la virtud y en los conocimientos o ciencias que deben saber, que sea ayudada por otras: «... A fin de poder ir a cualquier establecimiento para enseñar... se le darán una o dos Hermanas... que la sustituirán en lo que no alcance la Maestra.»

Ese deseo de que sus religiosas se preparen debidamente para la misión de la enseñanza va mucho más lejos. Quiere que sea una preparación esmerada; nada está más lejos de su espíritu que la vulgaridad. Quiere la perfección de sus hijas en su ser y en su actuación. Y así les dirá a las Hermanas: «Aquellas que la Madre destinare para esto —la enseñanza—, cúmplanlo con toda voluntad y esmero. Enseñen con todo cuidado a las niñas.»

Y la razón de ello es que para servir a Dios y salvarle almas hay que poner perfección en todo. Y junto a la perfección en el hacer y en el ser muestra un espíritu abierto, un corazón alegre. El «servid a Dios con alegría» del salmo 99 lo hace vida: «Estad siempre ocupadas cumpliendo alegres vuestros deberes y pedid a Dios la perseverancia.»

Vive y hace suyo el pensamiento de san Francisco de Asís: «Con los otros sé alegre; piensa que solo por la alegría y la serenidad les llevarás a Dios.» Madre Isabel era alegre, con la alegría serena de quien se ha entregado a Dios y a los demás.

Y, sobre todo, Madre Isabel sabía amar. Comprendió que amar es darse en servicio; por eso su vida está llena de pequeños detalles de caridad. Hizo realidad la frase de Cristo: «Nadie tiene más amor que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15,13), y su vida fue una continua donación.

Madre Isabel, como el Maestro, pasó haciendo el bien. Supo recorrer caminos para llevar a los hombres al Camino; sabía sonreír y acariciar a los pequeños; sanar y consolar a los mayores. Ponía un poco de dulzura en los corazones vacíos y tristes, alentaba la esperanza de los que ya nada esperaban. Como el Apóstol, sabía «hacerse toda a todos para ganarlos a todos».

Su caridad es ardiente, universal y práctica.

Ardiente. Comienza así sus Constituciones: «La caridad que el Espíritu Santo derrama en los corazones de las personas que son llamadas a la perfección es la base de estas Constituciones; esta misma caridad ha de ser el móvil de vuestro corazón para observarlas fielmente...»

Universal, porque quiere que llegue hasta donde haya materia para ejercitarse; por ello pide a sus religiosas que se santifiquen, procurando «... El bien del prójimo, ya en el ejemplo, ya en la enseñanza de las niñas, ya en los Ejercicios Espirituales, ya en la asistencia espiritual a los enfermos...»

Práctica, porque precisamente consagrándose a sus ministerios han de ejercitarla: «Ejercitad vuestra caridad con la enseñanza de las niñas.»

Es una mujer de fe que ayuda desinteresadamente. Siembra sin saber qué es lo que va a fructificar. Su esperanza se manifiesta en dos actitudes: la fidelidad y la paciencia.

Una nota destacada en Madre Isabel es su austeridad y robustez de espíritu. Pero es prudente, y ya fundadora no pierde nunca de vista el fin de su Instituto. Exhorta a la penitencia, pero siempre tiene en cuenta el temperamento y el quehacer de cada una. Pide, sobre todo, la mortificación interior.

Y como religiosa educadora, Madre Isabel fue la pedagoga del amor.

Se distingue por estos rasgos: fue

- maternal por su solicitud,
- sabia por la solidez de sus conocimientos,

- celosa de la gloria de Dios y del bien de las almas,
- amiga de complacer,
- fraternal con todos, para llevarlos a todos al Corazón divino de Jesús.

Fue la «mujer fuerte» que nos presenta la Sagrada Escritura. Fue «un alma grande», y en su grandeza de alma podemos descubrir estos matices o dimensiones:

- Visión clara y sobrenatural de los problemas y situaciones.
- Comprensión y flexibilidad para organizar y colaborar.
- Anchura de miras para abarcar todos los asuntos y capacidad para penetrarlos y simplificarlos.
- Intuición para descubrir y valorar con criterio evangélico a las personas y a las cosas.
- Prudente equilibrio en las decisiones y serena firmeza para mantenerlas, por ser fruto de intensa oración y de amoroso respeto a los designios de Dios sobre las almas y sobre las obras.
- Amplitud de adaptación para asimilar los nuevos métodos y los sanos elementos del progreso humano, con vigilante solicitud para rechazar las desviaciones peligrosas.

Poseía el valioso don de extraer los valores auténticos de cada cosa y asimilarlos con un brillante sello personal. Sin embargo, su rica personalidad era cotidianamente sacrificada para transparentar la de Jesucristo.

Madre Isabel supo transfundir el amor a Jesucristo; pero como para un temple de apóstol es muy poco el presente, quiso hacer duradera y fecunda su labor de sembradora dando vida a un Instituto religioso, que a través de la enseñanza cristiana y de los Ejercicios Espirituales llevara por el mundo entero el conocimiento de Cristo y su amor de redención a los hombres.

Fue el alma de su obra, y el alma no se separa nunca del cuerpo. Eso es señal de muerte. Por eso siempre estaba presente, alentando, extendiendo y organizando, hasta que rendida en el cuerpo y satisfecha en el espíritu, cayó en el surco de la dura faena. Y Dios la llamó a su Reino porque había sido fiel a lo que se le encomendó. Y porque sembró y se sembró, por eso su Obra florece y da fruto, porque en toda ella hubo un fundamento: su virtud y su sacrificio.

Amaba, y envuelta en ese amor a Dios, a sus Hijas y a su Obra fue al encuentro del Señor. Y su amor nos dejó un testamento y la lección fecunda de su magisterio, porque murió como Madre y como Maestra.

Su magisterio, su testamento, su espíritu, pueden resumirse en estas tres trilogías, según las cuales se forman las religiosas de su Instituto:

• TRES AMORES:

— El Corazón de Jesús: «Al Corazón de Jesús amadle mucho, y por El sufrid a ciegas.» Era su campo de atracción, su refugio seguro y su fortaleza. Persuasiva y delicadamente siempre inculcó está devoción a cuantos la rodeaban.

— La Santísima Virgen: María era para ella un oasis. Gustaba de pronunciar el nombre de María. A sus colegialas siempre les preguntaba: «¿Queréis mucho a la Virgen?»

Siempre la Virgen en su corazón y en sus labios, en sus obras y en sus afanes. Para ella sus mejores obsequios. Y quería que la devoción a la Señora impregnase la atmósfera en que se desenvolvía la vida de sus hijas.

— El Vicario de Cristo: Fue hija fidelísima de la-Santa Iglesia. Son características su obediencia y su amor al Papa; su respeto y su veneración a todos los ministros del Señor. Y así lo inculcaba a sus religiosas y alumnas. Muchas veces repetía: «Sí, hijas mías, tened una fe segura y cierta en las cosas que la Santa Iglesia nos enseña, que nunca nos engaña.»

• TRES INSTRUMENTOS DE APOSTOLADO:

— La enseñanza del Catecismo: Comprendió muy bien que la fe ha de ser el principio de salvación de las almas y los pueblos. Entre sus recomendaciones siempre están: La enseñanza del Catecismo y la formación en una sólida piedad.

En sus Constituciones y en sus cartas afirma: «Nuestro Instituto es para esparcirse por todas partes, para enseñar la doctrina cristiana, que buena falta hace en todos los pueblos.»

— Los Ejercicios Espirituales: Les tuvo siempre gran estima y fue el primer móvil que puso en marcha el Instituto. Con su práctica se afianza el fruto del Evangelio y son un medio rápido y seguro para mover a las almas hacia una vida más virtuosa y más cristiana.

— El fomento del culto divino: Madre Isabel fomentó el culto divino, no solo cumpliendo los preceptos establecidos para honrar y glorificar a Dios, sino dándose a Él en consagración total y sin reservas, como quien de Dios lo ha recibido todo y a Él se lo devuelve. Con amor y celo atrajo al servicio otras almas que, consagrándose al Señor en acto de culto con profesión expresa, vivirían realizándose en él por la oración y el apostolado a gloria del mismo Señor.

Abrió nuevos lugares para el ejercicio del culto por el Pueblo de Dios, y se gozó con la solemnidad de las funciones sagradas. Con esmero y delicadeza cuidó del ornato y limpieza de los templos, y frecuentemente se la oyó llamar a la Capilla «su cachito de cielo».

El sentimiento de la presencia de Dios envolvía su vivir, y así, contestaba a un interrogante ocasional: «Porque Dios está en todas partes y en todas podemos ofenderle, hay que tener presente que está allí y que nos está mirando, y en su presencia no pecar nunca.»

• TRES VIRTUDES:

Que reflejan en su vida la vida del Verbo hecho Hombre y Maestro.

— *Caridad ardiente*: Madre Isabel, al redactar sus Constituciones coloca esta virtud como base y móvil del corazón para vivir la vida religiosa en postura generosa, pronta y alegre. Caridad que, llevada a la práctica, no quiere decir hacer algo por los demás, darles algo, sino darnos a nosotros mismos. El privilegio de la caridad es amar y servir.

— *Humildad profunda*: Que no significa solamente conocerse a sí mismo, sino también reconocer el valor y la competencia de los demás. Significa aceptar lo que puede colmar nuestras lagunas. Humildad que se significa en la alegría.

— *Obediencia alegre y rendida*: No es la obediencia de los inferiores que descargan su responsabilidad sobre los demás. Sino la obediencia que se convierte en la búsqueda consciente de los planes de Dios para acertar con ellos y colaborar desde el puesto que Dios nos ha reservado, utilizando los medios que nos ha concedido para este fin. «Bienaventurado el que oye la palabra de Dios y la pone por obra» (Lc 11,21).

III. SU OBRA: LA CONGREGACION DE «HERMANAS DE LA CARIDAD DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS»

1. La Fundación

Un fecha, 1877. Una ciudad, Madrid. Una mujer con corazón de apóstol, Isabel Larrañaga. Tres elementos que encajaron en el plan de la divina Providencia y formaron la armonía de una obra de Dios.

El día 2 de febrero de 1877. Primer Viernes de mes aquel año y fiesta de la Purificación de Nuestra Señora Isabel Larrañaga daba comienzo a la nueva Fundación. Contaba con el consentimiento y la bendición de su Prelado, el eminentísimo Cardenal Moreno, arzobispo de Toledo y Primado de España. Madrid pertenecía a su Sede.

Profunda y amplia en el espíritu, lo es también en los fines que motivan la obra de Isabel. Ella los dejó expresados en las Constituciones que dio a la Obra. Decía. «El fin de esta Congregación es no solamente atender a la salvación y perfección propia con la gracia de Dios, más aún con la misma intensidad procurar ayudar a la salvación y perfección de los prójimos.»

Y con amplia mirada en el espacio y en el tiempo continúa: «Nuestra vocación es para hacer vida en cualquier parte del mundo donde se espere mayor servicio de Dios y ayuda de las almas».

Siempre Dios y el prójimo en el primer lugar del corazón y de la mente de Madre Isabel.

Y sigue luego: ... «dedicándose a la enseñanza, muy particularmente de niñas pobres y párvulos de ambos sexos; fomentar el culto divino, enseñar la doctrina cristiana, y

recibir en nuestras Casas a las señoras que deseen retirarse para hacer los Ejercicios Espirituales, etc., etc., trabajando siempre por la salvación de las almas para mayor gloria de Dios».

El título que distingue a la nueva Congregación es el de «Señoras Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús», pero como otra Congregación naciente se distinguiera con este nombre, Madre Isabel escogió para la suya el actual y definitivo desde 1883: «Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús», en el que con amor subraya la entrega al Amor de Cristo.

¿Por qué esta fundación? Fundar una Institución arranca, normalmente, de una necesidad, de una carencia.

Cuando Isabel Larrañaga llegó a Madrid, finales del año 1863, la vida política, social y cultural de España, y de su capital, Madrid, ofrecían muchos aspectos lamentables.

La inestabilidad del siglo XIX español es ya conocida: revoluciones armadas, que se suceden a partir de la guerra de la Independencia, entre monárquicos y republicanos, destronamientos de reyes y efímeras restauraciones; tradicionalistas y progresistas, carlistas e isabelinos... Agotamiento y cansancio son las pautas del país en todos los órdenes.

El socialismo empieza a hacer su entrada. En 1870 se traducen las obras de Proudhon y poco después las cartas de Marx. Pablo Iglesias inicia la publicación de «La Emancipación» y la difunde entre las masas populares. También el anarquismo encuentra terreno abonado en la Península.

La aristocracia se deja llevar de una cómoda inacción, y, una vez más, desprecia el trabajo, al que aún mira como un deshonor. Pierde terreno y no sabe reaccionar ante las voces de alerta de algunos pensadores. La clase media avanza pujante y se coloca al frente de todas las actividades. Pero aún no está suficientemente preparada y pronto se sentirán las consecuencias. Las clases populares están abandonadas, ya que, suprimidas las Órdenes y Congregaciones Religiosas, nadie se ocupa de ellas.

Las escuelas son pocas y se tiende más a instruir que a educar. El aspecto religioso es lamentable. Hay mucha ignorancia religiosa, no se profundizan los misterios de la fe, y el culto es más bien superficial, no ofrece apoyo a una devoción sincera. En muchas ocasiones solo sirve de lujo y de exhibición de personas. Galdós en sus novelas refleja extensamente esta situación.

Pero Dios ama a su Iglesia y le concede gracias extraordinarias cuando así lo requieren las circunstancias de los tiempos. Y sin duda alguna, uno de esos tiempos más necesitados fue el siglo XIX. Dios suscitó almas grandes y fundadores esclarecidos y santos. Y una de estas almas fue Isabel Larrañaga.

A su llegada a Madrid aún conoció Madre Isabel a santa Micaela del Santísimo Sacramento. Fue testigo de la conmoción que producían las predicaciones y ejercicios de san Antonio María Claret y experimentó el influjo de su apostolado multiforme. Pudo ver la magnífica labor de regeneración y consuelo que desarrollaban santa Vicenta Vicuña y santa Soledad Torres Acosta. Y también su alma vibró ante la necesidad que se le mostraba.

En Lima había tenido dos ideales: La Casa de Ejercicios, donde siempre se retiraba con fruto, y sus ensayos de labor apostólica. En Madrid no halló ninguna casa de Ejercicios, y pensó seriamente en fundar una.

Confió sus proyectos y pidió consejo a los Fundadores de las Oblatas del Santísimo Redentor: Madre Antonia de la Misericordia, con quien tenía gran amistad, y el señor Obispo de Daulía (Monseñor José Benito Serra, OSB.), quien le cedió un terreno en Ciempozuelos para edificar la Casa. Pero Dios, por quien llena de amor comenzó la obra, iba a probar nuevamente su constancia. Cada semana le ocurría algún percance, y al fin hubo de abandonar lo edificado. Aparentemente fue un primer fracaso.

El alma grande de Isabel Larrañaga, inquieta por los intereses de Dios, no descansa ni sosiega hasta ver convertida en realidad la aspiración de toda su vida: Ser de Dios y por Dios para las almas.

Conocemos los rasgos de su vida, sabemos de su amor y sacrificio, no se nos oculta su interés por las cosas divinas, por las almas de sus semejantes, vemos el heroísmo de todos sus días y de todas sus horas... Y de la luz sobrenatural que envuelve todos sus actos surge un ideal: la fundación del Instituto.

Antes de pensar en colegios, residencias, misiones, etc., se inclina la actividad de Madre Isabel hacia la fundación de una Casa de Ejercicios. Parece que fracasa en su primer intento, pero quizá solo ante los hombres, ante Dios es seguro que no. Dios la tenía reservada para llevarla por diferente surco, aunque dentro del gran campo de siembra de la Iglesia. Después de la primera tentativa de Ciempozuelos, fue en su misma casa, donde vivía con su madre, y en un piso de alquiler de la calle Claudio Coello, tras mil vicisitudes por las que le hizo pasar su misma madre, donde empezó a echar las primeras raíces la futura Congregación de «Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús».

Para emprender la Obra se le unieron las señoritas Dorotea Soteras, Victoriana Sainz y Mercedes Vandarán. Los Ejercicios fueron el palenque donde se formaron los rieles más primitivos de esta naciente Institución. El Papa la aprobó con su palabra, y Dios la confirmó con manifiestas bendiciones. Una vez más nos encontramos en la historia con el principio de que, cuando Dios quiere una cosa, sale por los mil modos de que El se vale. A veces parece que se camina al lado contrario del plan señalado, y al terminar esa etapa de pruebas divinas se ha de reconocer que se iba andando según el camino del mismo Señor.

Y tampoco faltó la cruz. Las primeras compañeras se fueron. Persecuciones y dificultades. Era el sello de Dios. Ya no se podía dudar, había nacido a la historia otra obra divina.

La primera actividad que Madre Isabel puso en ejecución fue la de los Ejercicios. Al pensar en ella, Madre Isabel miraba de manera especial a las señoras de la aristocracia, porque en ese tiempo y en esa sociedad eran las que más lo necesitaban, y también porque eran las que más podían influir en todo el ambiente social. Una idea de esa realidad nos la describe magistralmente el padre Coloma en su famosa novela «Pequeñeces».

Para dar a conocer la Obra y empezar su apostolado, escribió con fecha 20 de enero de 1877 el siguiente elogio de la práctica de los Ejercicios:

«El fuerte y terrible combate que de continuo nos presentan los tres enemigos del alma, mundo, demonio y carne, y lo poco adiestrados que estamos para combatirlos, nos da a conocer cuánto necesitamos aprender el modo de vencerlos. Esta ciencia tan necesaria al cristiano para asegurar su salvación, no se adquiere fácilmente en medio del bullicio del mundo, y aún muy poco en el retiro de la casa; porque, o por los quehaceres domésticos, o por las atenciones de familia, no puede uno dedicarse como debemos a esta ciencia y al propio conocimiento; así es que no podemos saber cuál conviene, en qué estado nos hallamos respecto a nuestra alma, y mucho menos conocer a fondo los defectos que nos impiden adelantar en el camino de la salvación, que es el principal negocio, el único que nos importa.

El medio para adquirir esta ciencia son los Santos Ejercicios. Ellos, no solo aseguran el último paso de la vida del cristiano, sino que restituyen la paz a las almas atribuladas, o por el peso de sus pecados o por las tentaciones, facilitando una buena confesión, ya sea general, ya particular, según la necesidad de la persona. Ellos nos dan a conocer la voluntad de Dios en cualquier negocio por arduo que sea, sobre todo para la elección de estado. Con ellos se reforma la vida, se destierran los vicios y pasiones del corazón; con ellos se disipa la tibieza y se adquiere el fervor, se aprende el ejercicio de la oración mental, se conoce la verdadera virtud y ellos deciden al que los hace a amar a Dios y aborrecer cuanto de Él nos aparta...»

2. Actividades Apostólicas

Se trabaja y se viven con gozo las dificultades del comienzo. Y como la alegría es contagiosa y la virtud atrae, en los primeros días del mes de noviembre de 1877 eran ya nueve las Hermanas que, guiadas por Madre Isabel y animadas con su ejemplo, irradian su actividad, no solo en la Casa de Ejercicios, sino también en la catequesis y obras de caridad. Entre estas primeras vocaciones está la hermana María Eulalia Hurtado Blanco, que por su bondad, formación y talento, fue para Madre Isabel la colaboradora fiel y estimada.

Las actividades se van incrementando: Visita de enfermos, preparación para recibir los últimos Sacramentos, enseñanza del catecismo a los niños. Pronto a la enseñanza religiosa se añaden dos horas de clases para los escolares pobres. Además, el obispo auxiliar de Toledo, monseñor Ciriaco Sancha y Hervás, en su predilección por los pobres y necesitados, no cesaba de aconsejar y de instar a Madre Isabel que diera preferencia al ministerio de la enseñanza y educación, y en este, preferentemente a los humildes y desechados.

Al aumentar las actividades y, como el ejemplo de Madre Isabel había estimulado a otros a abrir Casas de Ejercicios y, además, el número de Hermanas, aunque aumentado, no dejaba de ser limitado, poco a poco la actividad de los Ejercicios fue decreciendo, aunque sin cesar del todo. A pesar de la frivolidad de entonces la labor de Madre Isabel no había sido inútil, y los Padres de la Compañía de Jesús continuaron dirigiendo y aumentando esa magnífica Obra, que se iba extendiendo paulatina y seriamente.

Madre Isabel secundó las orientaciones de sus superiores, y la educación y la enseñanza pasaron a ser el ministerio propio de la Congregación por ella fundada, pues criterio constante de Madre Isabel es conservar la inocencia de los niños preservándolos del mal por el conocimiento de Dios y el pronto ejercicio de las virtudes.

«Mejor es prevenir que curar» era su lema. De ahí que sus hijas se esfuercen por llegar pronto a las mentes infantiles, para que una libertad mal entendida no llegue a deformar la verdadera libertad de los hijos de Dios.

Y vienen las fundaciones de los colegios como la expansión natural de un cuerpo que nace con plena vitalidad, que exige más campo y más ubicación. Y como eslabón natural nacen las vocaciones, que hacen factible el ensanche magnífico que el Instituto fue tomando en poco tiempo.

Leganés:

A principios del año 1880 abrió en el pueblo de Leganés, de la provincia de Madrid, su primer Colegio con numerosas niñas externas y gratuito casi totalmente. También recibió como internas a huérfanas pobres y a otras niñas, hijas de sus amistades que le confían su educación.

Torrijos:

Se abre el 2 de enero de 1881, bajo la dirección de las hermanas María Hurtado, Adelaida San Juan y Marcelina Ariño.

La clase de párvulos, con todo su material pedagógico, la instaló un bienhechor.

Madre Isabel hacía frecuentes viajes desde la casa principal, Leganés, dedicándoles buena parte de su tiempo para que quedara bien consolidado.

A la alegría por la promesa de apostolado que ofrecía el colegio de Torrijos, se unió el dolor. Madre Isabel empezó a experimentar, como la Santa de Ávila, que «ninguna Fundación ha querido el Señor que se haga sin grande trabajo nuestro» y también que «no las han fundado los hombres sino la mano Omnipotente de Dios», y que precisamente por eso prosperan y se difunden a pesar de las dificultades.

Se pone en peligro la consistencia del Colegio de Leganés. La causa es que las tres primeras compañeras no comprendieron bien a Madre Isabel, ni estuvieron a la altura de su misión; no supieron comprender la belleza del primer artículo de la Regla:

«Nuestra vocación es para hacer vida en cualquier parte del mundo donde se espere mayor servicio de Dios y ayuda de las almas.»

Fue un golpe rudo. Madre Isabel sintió la desertión de sus primeras colaboradoras, pues realmente eran mujeres muy buenas, capacitadas pedagógicamente para su labor. Sin ellas, Madre Isabel se vio en la necesidad de cerrar el colegio de Leganés.

Torrijos prospera y la primera casa se hace insuficiente; en diciembre de 1882 se instalan en una más amplia.

Aprobación diocesana:

El 8 de septiembre de 1883 emitían los Votos Perpetuos Madre Isabel y Madre María Hurtado. Recibían el hábito de la Congregación de «Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús» las seis primeras Hermanas que harían ya de forma metódica el noviciado.

En esta fecha, 8 de septiembre del mismo año, el eminentísimo señor Cardenal Moreno, aprobaba como Congregación religiosa la que desde 1877 había sido piadosa Asociación. El 7 de noviembre siguiente, también el eminentísimo Cardenal Moreno, concedía la aprobación diocesana de las Constituciones.

Colegio «Sagrado Corazón de Jesús».-Madrid:

A primeros de 1885, fallecida ya doña Isabel Ramírez, viuda de Larrañaga, Madre Isabel dejó la residencia de Lagasca y alquiló un hotelito en la calle de Rey Francisco, 17. En él instaló dos clases para niñas externas y algunas internas, y al año siguiente abrió otra para párvulos.

El colegio se impuso por su seriedad y buen funcionamiento. La clase de párvulos, sobre todo, fue una verdadera novedad que tuvo mucha importancia. Se estableció con la ayuda del Marqués de Berna, quien la dotó de abundante material pedagógico. Fue bien aceptada en el barrio, y en el mismo curso alcanzó la matrícula 166 alumnos.

Con las clases de párvulos, Madre Isabel, responde a otro de los deseos de la Iglesia: La necesidad de que la educación de las clases modestas comenzara en edad más temprana de la ordinaria.

En 1893, el Colegio se trasladó a un local cercano más espacioso, en la calle Tutor, 36. Y allí continúan las hijas de Madre Isabel su apostolado multiforme.

Fuensalida.-Toledo:

El párroco de la Villa, don Bruno Aguilar, es quien pide la Fundación. Madre Isabel ve un campo de apostolado prometedor y acepta. Se habilita para este fin un antiguo convento franciscano, que, según la tradición, fue durante algún tiempo residencia de san Pedro de Alcántara, y que había sido fundado por el IV Conde de Fuensalida. Se restauró lo más indispensable. El 6 de junio de 1890 se hace cargo de él Madre Isabel. A primeros de octubre se instala la Comunidad para dar principio a su labor docente. Entre las primeras religiosas allí destinadas figuran las hermanas Paula Mochales y Luisa Pujalte.

El Ayuntamiento subvencionó con una módica pensión la clase de párvulos, y la Comunidad, con la ayuda de algunos particulares, acomodó otros locales para clases de alumnas mayores. En mayo de 1891 figuraban en la matrícula 300 escolares. El nuevo Colegio se puso bajo la advocación del Patriarca san José.

Santa Susana.-Madrid:

Era una obra de suburbio. La construía a sus expensas doña Susana Benítez de Lugo, y el Colegio iba destinado para niñas de condición humilde internas y externas. Estaba enclavado en el barrio de las Ventas del Espíritu Santo.

Doña Susana encomendó la fundación y el capital para sostenerla a la «Junta de Señoras Católicas de Madrid», cuya presidenta era la Condesa de Superunda. La Infanta Isabel de Borbón, que conocía y apreciaba mucho a la Madre Isabel, propuso que le confiaran esta Obra (Un pariente de Madre Isabel, don Lorenzo Arrazola, fue Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Estado, respectivamente, en el Gobierno de Isabel II. Circunstancia que dio ocasión a que la Sierva de Dios fuese muy conocida de la familia real española y muy estimada de la Infanta Isabel de Borbón).

Madre Isabel se hizo cargo del Colegio el 15 de mayo de 1889, inaugurándolo con 36 internas y dos clases para externas. En 1891 la Comunidad estaba formada por ocho Hermanas y las niñas externas pasaban de 110 en la matrícula.

Nuevas dificultades:

Son contrasena de toda obra divina. Madre Isabel vuelve a enfrentarse con ellas con espíritu fuerte y sereno.

Esta vez es en Santa Susana, durante los años 1889-90. Un reverendo señor, con ministerio espiritual en la Comunidad, quiere la unión con otro Instituto, nuevo en su forma, que a él le interesaba más. Madre Isabel, prudentemente aconsejada, se negó. El interesado señor no cejó en su empeño, y abusando de sus atribuciones, sembró el descontento y la desconfianza en sus dirigidas. Nueve de ellas pasaron al Instituto citado de modo furtivo e ilegal.

Madre Isabel sufrió mucho, pero su Congregación se fue afianzando cada día más.

Viaje a Roma:

En 1891 marcha a Roma con la Madre María Hurtado. Su fin es pedir al Papa León XIII la aprobación pontificia del Instituto; fue recibida en audiencia pública y privada. León XIII alabó y recomendó verbalmente la Congregación de Madre Isabel y sus fines.

La Congregación de la Sierva de Dios contaba con cuatro Casas, en las que se educaban 70 niñas internas, 110 mayores de siete años y 440 párvulos, todos de manera gratuita. El Instituto contaba con 26 Hermanas profesas y 8 novicias.

Nuestra Señora del Carmen.-Villaverde (Madrid):

Su fundación tiene lugar en el año 1895. Se debe a un encuentro de la hermana Luisa Pujalte con doña Rosalía, viuda de Pierod. El ilustrísimo señor don Rufino Rascón y

Ortiz, canónigo y capellán de la Reina Regente, doña María Cristina de Habsburgo, donaba una casa en este pueblo, cercano a Madrid, con condición de que tuviera un fin benéfico-docente.

Madre Isabel trató el asunto con el señor Rascón y este donó la casa a su Instituto. Poseía, además, una hermosa huerta-jardín.

En el otoño del mismo año se abrió un pequeño externado. Se utilizó también como lugar de recreo y de descanso para las internas de las Casas de Madrid.

América:

Las cualidades notabilísimas de Madre Isabel y su exquisito don de gentes fueron el medio de que se valió para ensanchar su campo de apostolado y abrir nuevas actividades al Instituto.

A pesar de los vaivenes de la política y de las corrientes autonomistas que desde la emancipación del continente americano soplaban sobre la isla, en Cuba se respetó siempre al clero. Desde el año 1885 regía la diócesis de La Habana el excelentísimo y reverendísimo señor don Manuel Santander y Frutos, quien viendo crecer, con el aumento de la población, las necesidades espirituales de su diócesis, y particularmente las de la enseñanza y educación de la juventud, buscaba en la Península colaboradores que le ayudasen. Relaciones de antigua amistad le habían hecho apreciar a Madre Isabel y, por tanto, había tenido ocasión de estudiar el espíritu y los métodos educativos de su Congregación. Por eso le pidió algunas religiosas para fundar en su diócesis y confiarles la educación de la juventud.

Pinar del Río:

El 20 de noviembre de 1894 se embarcaba la primera expedición rumbo a Cuba. Estaba formada por las hermanas: María Hurtado, Epifanía Mochales, Natalia y Jacoba Balaguera, Celestina Zaldo y Pilar Molina.

Desembarcaron en La Habana y siguieron viaje a Pinar del Río, donde abrieron su primera Casa el 10 de diciembre.

El 12 de marzo de 1895 llegaron, en una segunda expedición, las Hermanas: Paula Mochales, Lucía Serrano, Pilar Gallo y Gregoria Ugalde. La fiebre amarilla, mal endémico por entonces en Cuba, pronto se cebó en la Comunidad. Y a esto se unió la guerra.

Madre Isabel decidió marchar a Cuba y llegó el 12 de diciembre con la Hermana Dolores Álvarez.

Los prodigios de actividad y caridad que derrochó al frente de la Comunidad no son para describirlos. Madre Isabel y sus religiosas fueron maestras, enfermeras, madres... Todo lo eran a la vez para compadecer y amar a todos.

Volvió a la Península en junio de 1896. El objeto del viaje era doloroso: el cierre del Colegio de Torrijos. De nuevo volvió a Cuba en 1897 con otras cinco Hermanas.

La Habana:

La fundación del Colegio «Sagrado Corazón de Jesús» se realizó el 21 de marzo de 1898. Fue la última Casa que abrió Madre Isabel. Con ella formaron la Comunidad las Hermanas Epifanía Mochales, Dolores Fiz y Josefa Yuste.

Poco tiempo después se declaró la guerra entre España y Estados Unidos tras el incidente del «Maine». Lo que Madre Isabel hizo durante aquel año de guerra, luchando además con su padecimiento de corazón, parece increíble. Atendió a las religiosas con solicitud de madre. Cuidó heroicamente de necesitados y heridos. Adquirió dos nuevas casas que reunían mejores condiciones para colegio y trasladó a ellas el recién fundado. El corazón de la Madre se debilitaba por momentos; sin embargo, sus desvelos y preocupación por la Congregación y sus hijas no decaen.

Lo que sobre todo le llenaba de amargura era el sesgo que iban tomando las cosas. Por descontado daba ya la separación de aquellas tierras de España. La fuerza material de los Estados Unidos había prevalecido sobre el heroísmo de España. Madre Isabel amaba mucho aquellas tierras. Ella había nacido en Filipinas, y «la previsión de los males espirituales que iban a caer sobre ellas le daban tanta pena que no tenía consuelo en lo humano». No es extraño que insistiera mucho en la necesidad de la mejor preparación docente para las Hermanas. Una mayor formación cristiana se imponía para aquellas gentes.

Tampoco faltaba la incertidumbre de los trastornos sociales que suelen acompañar a movimientos y cambios de esta trascendencia. El 1 de enero de 1899 se hizo la entrega oficial de la Isla. Ese mismo día, Madre Isabel se vio forzada a guardar cama. Se dio cuenta de que Dios la llamaba a su descanso. El 17 del mismo mes murió en la ciudad de La Habana. Tenía sesenta y dos años y hacía veintidós que había fundado el Instituto.

3. Espíritu y misión de Madre Isabel

Cada familia religiosa presenta su matiz especial. Madre Isabel, con su sencillez innata, quiso que todo en la Congregación de «Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús» fuese sencillo y humilde, pero al mismo tiempo supo impregnarlo todo de dignidad y grandeza de alma. Sus Reglas y Constituciones se inspiraban en las de san Ignacio.

El fin que señaló a su Congregación es: atender no solamente a la propia salvación, sino con la gracia divina «intensamente procurar ayudar a la salvación y perfección del prójimo».

«Nuestra vocación es para hacer vida en cualquier parte del mundo donde se espere mayor servicio de Dios y ayuda de las almas, dedicándose a la enseñanza muy particularmente de niñas pobres y párvulos de ambos sexos; fomentar el culto divino, enseñar la doctrina cristiana y recibir en nuestras Casas a las señoras que deseen retirarse para hacer los Ejercicios Espirituales..., trabajando siempre por la salvación de las almas para mayor gloria de Dios.»

La misión noble y comprometida de la Hermana de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús es la de presentar a un mundo muchas veces materializado, la figura y la caridad con que Cristo nos ama. Su solo nombre quiere decir que es un alma ardiente, vibrante, generosa, pronta, que se da con cuanto es y con cuanto tiene, que si algo toma con sus manos no es para tener el consuelo de poseerlo, sino al contrario, es para ofrecerlo a los demás, para entregarse. Y esto significa una ascética generosa, un apostolado ardiente, constante, con la oración, con el ejemplo, con la acción.

Los campos donde las hijas de Madre Isabel pueden hacer realidad su apostolado son múltiples:

- Colegios y escuelas de cualquier grado, donde se prepare la niñez desde el alborar de la infancia hasta más allá de la juventud, para seguir el camino de la salvación y salir airoso de la vida temporal.
- Catequesis, donde se planta y desarrolla la vida cristiana.
- Misiones, donde se lleve la luz del Evangelio por la enseñanza y la educación, que hace hijos de Dios para la Iglesia y ciudadanos útiles para el mundo civilizado.
- Residencias, donde se salvaguarde la fe y buenas costumbres de las jóvenes.
- Retiros Espirituales, donde se afiance el fruto del Evangelio en las almas adultas de cualquier condición y edad.

Y no solo esto, porque, como dice el Vaticano II (P. C. 8), «apostolado es todo cuanto se hace en nombre de Cristo y por misión de la Iglesia, para dar a conocer a los hombres ese Reino y establecerlo en ellos».

La escuela es el apostolado más importante entre los medios de educación; así lo han dicho los Papas: «Ninguna palabra nos revela mejor la grandeza, la hermosura y la excelencia de la obra de la educación cristiana que la sublime expresión de amor por la cual nuestro Señor Jesucristo, identificándose con los niños, pronunció solemnemente: "Quien recibe en mi nombre a uno de estos pequeñuelos a Mí me recibe"» (Le 9,47).

También lo confirma la tradición de la Iglesia y así lo ha repetido el Vaticano II (D. E. C. 5): «Hermosa es y de suma importancia la vocación de todos los que, ayudando a los padres en el cumplimiento de su deber y en nombre de la comunidad humana, desempeñen la función de educar en las escuelas...»

Y además de resaltar la importancia de la vocación para la enseñanza, también el Sagrado Concilio resalta la labor de la escuela:

«Entre los medios de educación, el de mayor importancia es la escuela que, en virtud de su misión:

- Cultiva con asiduo cuidado las facultades intelectuales.
- Desarrolla la capacidad del recto juicio.

- Introduce en el patrimonio de la cultura conquistado por las generaciones pasadas.
- Promueve el sentido de los valores.
- Prepara a la vida profesional.
- Fomenta el trato amistoso entre los alumnos de diversa índole y condición, contribuyendo a la mutua comprensión.»

El propósito de la educación ha sido siempre para todo el mundo, en esencia, el mismo: dar a los jóvenes las cosas que necesitan con el fin de desarrollarlos de un modo ordenado y sistemático, como miembros de la sociedad. Toda educación es, en sus formas y métodos, una consecuencia de las necesidades de la sociedad en que existe.

Madre Isabel así lo entiende. Sus colegios serán centros de formación y educación que se proponen formar cristianas auténticas, desarrollando en ellas sus facultades humanas y su gracia bautismal, en orden a la edificación de la ciudad terrestre y a la extensión del Reino de Dios:

«... Los Colegios de las Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús tienen por fin la educación y formación cristiana y humana de las alumnas que frecuentan sus aulas, como internas o externas, para hacer de ellas jóvenes de hoy y mujeres del mañana, útiles a sí mismas, a la familia y a la sociedad en general.

Todas las actividades que se viven en ellos, espirituales, culturales, profesionales, sociales y recreativas se orientan a este fin.»

Madre Isabel quiere que la acción educativa de su Congregación esté en razón de las exigencias de tiempos y lugares. Su caridad la lleva a una dedicación preferente a las clases necesitadas, y dentro de este adjetivo ella encierra no solo a las que carecen de medios económicos, sino también a las que carecen de formación cristiana, intelectual y moral. A unas hay que ayudarles en el desenvolvimiento armónico de la persona humana en todos los aspectos. A todas hay que hacerlas ricas en la fe y en las normas de vida cristiana y en el espíritu de la humana fraternidad.

La base de su pedagogía la sitúa en el sistema preventivo. Sus directrices fundamentales son: prevenir y amar. Principios válidos para toda educación, en toda edad y lugar. Por eso quiere que la Hermana educadora sepa ganarse el amor y el respeto de las alumnas por la ejemplaridad de su vida. Que sepa corregir movida del deseo de ayudar a quien corrige, de tal modo, que la alumna comprenda que es amada por su educadora. «Nunca el rigor infunde amor a la virtud», decía Madre Isabel.

«La presencia fraternal y activa de las educadoras en medio de las educandas quiere ser, y es para ellas, un guía en el desarrollo armónico de las propias capacidades y una atenta protección ante todo lo que pueda perjudicarlas.»

En su sistema educativo la enseñanza religiosa es el fundamento y remate de una educación integral. Pues ella establece una postura filial hacia Dios, proporciona una

visión cristiana y ofrece los principios y medios para llevar una conducta moral, ejemplar y buena.

La enseñanza de la doctrina cristiana constituía como una obsesión para Madre Isabel, y no perdonaba ocasión de remachar la importancia de esta faceta en el apostolado de su Congregación:

«Precisamente nuestro Instituto es para esparcirse por todas partes para enseñar la doctrina cristiana, que buena falta hace en todos los pueblos.»

Y como puntales que debían sostener todo el edificio de la educación en sus alumnas, señalaba la Santa Misa junto con la frecuente recepción de los Sacramentos.

Unido a esto irá el ambiente familiar, rico en respeto, confianza y espontaneidad, y que nace sobre todo del amor de las educadoras como madres, hermanas, amigas. Y como fruto de esta educación el trinomio característico de los Colegios de las Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús:

— Alegría: expresada en el espíritu de familia, en las diversiones, en los juegos.

— Trabajo: amor al cumplimiento del deber, al estudio.

— Piedad: devoción vital al Corazón de Jesucristo en la Eucaristía, a la Santísima Virgen, a la Iglesia, al Papa.

¿Y qué no puso Madre Isabel al servicio de la educación y de la formación de la niñez y de la juventud? «Ángeles visibles de las niñas quería que fuesen sus hijas.» Y los Ángeles son en todo modelo de perfección. Así nos los presenta la Sagrada Escritura. Diríase que la frase de san Agustín: «Nada vale tanto como vale un alma, ni la tierra, ni el mar, ni los astros... El alma es obra de Dios y Dios es la patria del alma», la tenía ella asimilada en lo más hondo del corazón. Ninguna otra cosa puede darnos la razón de por qué su saber, sus virtudes, su sacrificio, su oración, su vida entera, estuvieron al servicio de tan noble causa como es la salvación de las almas por la educación.

IV. PENSAMIENTO PEDAGOGICO DE MADRE ISABEL

1. Características de su educación

Educar es, según Alfonso X el Sabio, «facer que los fijos vengan al acabamiento de ser omes», a lo cual comenta el padre Domingo Lázaro: «Hombres cumplidos, perfectos, cristianos, hombres lo más hombres posibles y hombres divinizados por la gracia. Toda pedagogía que merme o cercene este fin es deficientemente constructiva; la que a sabiendas lo niega o prescinde de él, es, en realidad, ruinosa, injusta y, en cierto modo, homicida, aunque no fuera más que por dejar improductivas y atrofiadas las virtualidades y capacidades más soberanas del bien humano.»

Dos sistemas se disputan el mundo de la inteligencia en la segunda mitad del siglo XIX: el católico, que tenía sus fundamentos en las enseñanzas de la Iglesia y su principio de explicación en Cristo, y el sistema naturalista, pagano que se basaba en la razón y en las sensaciones. Las teorías paganas del renacimiento, la separación entre

razón y fe, consumada por la reforma y la filosofía del siglo XVIII, suscitaron un vasto naturalismo que dominó la enseñanza y la educación.

Las familias de la buena sociedad se conformaron con dar a sus hijos una formación superficial. Se pensaba más en divertirse y mimarlos que en instruirlos y educarlos.

En lugar de desarrollar en ellos las virtudes recias y fuertes, valores humanos que los preparaban para la vida, llenaban sus cabezas de frivolidades y de vanidosos deseos de ser y de aparentar.

Las clases populares se hallaban prácticamente desatendidas en instrucción e ignoradas por las clases superiores.

La instrucción religiosa era casi nula, quedando reducida a mínimas prácticas devotas que movían al sentimiento, pero no eran expresión de nada profundo ni vivido.

Esta visión de su época es la que mueve a Madre Isabel en la orientación que llevará a su misión educadora. Parte de estos tres puntos fundamentales:

- Que la piedad existente era puramente sentimental.
- Que se desconocía la realidad de la vida.
- Que era grande la necesidad de dar una formación sólida y seria.

Madre Isabel no es una pedagoga que se dedicara al estudio y a la investigación. Su experiencia parte de la realidad con la que se encuentra a su llegada a la capital de España. Del contraste entre su educación exquisita, tanto en el plano intelectual como en el religioso, y el ambiente de la niñez y de la juventud en aquellos momentos. Y palpando los inconvenientes de una enseñanza inspirada en principios mundanos y antirreligiosos, piensa que las mujeres son las que han de hacer la sociedad, y por ello necesitan tener una formación seriamente cristiana y una instrucción religiosa lo más completa posible.

«Incúlquese con mucho esmero a las niñas que la mejor recomendación que pueden tener es la sólida piedad», escribía para las Maestras.

De ellas dependerá el porvenir cristiano. En ellas ponía la esperanza de un nuevo resurgir. Para ello era necesario coger el timón de la educación, en la que el laicismo reinante había puesto su mirada y hecho en ella grandes estragos. Había, pues, que hacer a las jóvenes conscientes de su participación espiritual y activa en la vida de la cultura desde su sólido punto de vista. Y siguiendo las instrucciones del Papa: «Que a la generación que crece no le falte la enseñanza religiosa», la pone Madre Isabel como base de la educación en sus colegios:

«No teman gastar mucho tiempo en enseñar el catecismo; lo demás vendrá después.»

Expresión que recordaba y repetía con emoción la Madre Natalia Balaguera, refiriéndose a la Sierva de Dios.

Había que modelar a las educandas en Cristo. Hacerlas comprender que Él es todo: la solución a los problemas del espíritu, la gran ley del universo, el fundamento que todo lo llena, el principio de la libertad, de la paz y del amor.

Madre Isabel tiene un pensamiento: cristianizar completamente la enseñanza y la educación; formar la inteligencia, la memoria, la imaginación, la voluntad y el corazón partiendo de las enseñanzas del Evangelio:

«En todos los tiempos el Señor misericordioso ha suscitado vocaciones para atender a las necesidades de la época; en esta en que se ve un desarrollo general, donde todas las pasiones están halagadas, los católicos, para contrarrestar el mal, hacen esfuerzos para sostener y fomentar nuestra sacrosanta religión por medio de asociaciones piadosas, escuelas de enseñanza cristiana, asilos de todas clases, donde atendiendo a las necesidades del cuerpo su verdadera tendencia es la salvación de las almas, como nos lo enseña la caridad cristiana. Hay un gran vacío y es necesario ocuparse de él; es la educación en los pueblos. Nadie ignora el estado de estos. Aun los más inmediatos a las grandes poblaciones carecen de toda educación religiosa, y fuera de algunas cortas excepciones están en un completo olvido de toda práctica cristiana. Por esto y por el consejo de algunas personas muy respetables, la Congregación de «Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús» se dedica, muy particularmente, a establecer escuelas en los pueblos, en donde su principal objeto es enseñar la doctrina cristiana, recoger a los párvulos que sus madres tienen que abandonar para acudir a los trabajos del campo, fomentar el culto, preparar a los niños a la Primera Comunión y a los enfermos para recibir los últimos Sacramentos, y, según les alcancen sus facultades, acogen a niñas internas huérfanas.»

La única razón de ser como educadora es comunicar a las almas de sus alumnas el espíritu cristiano. Es educar en la fe:

«Ejercitad también vuestra caridad con la enseñanza de las niñas y tened presente lo que dijo Jesucristo, vuestro amado Esposo: "Dejad venir a Mí a los niños, porque de los tales es el reino de los cielos", y El los abrazaba y bendecía y ponía las manos sobre su cabeza.»

Aquellas, pues, que la Madre destinare para esto, cúmplalo con toda voluntad y esmero.

Enseñen con todo cuidado a las niñas la labor material, pero atiendan con mayor afecto a su bien espiritual. Por tanto, al llegar las niñas y al irse besen el crucifijo y digan las oraciones que tienen de costumbre. Esmérense en la enseñanza de la doctrina cristiana, y a las que comulgan con frecuencia prepárenlas para recibir los Santos Sacramentos. Hagan que recen el Santo Rosario una vez al día y podrán cantar con ellas cosas espirituales.»

Está plenamente convencida de que la sociedad se regenera por la mujer y ahí dirige principalmente su misión. Valora la grandeza de la educación cristiana pero no la centra solo en prácticas devotas sino infundiendo en las jóvenes el conocimiento de Jesucristo, enseñándoles a centrar todas las cosas en El.

El pensamiento de Madre Isabel se va perfilando. Su experiencia está siempre presente y la guía en todas sus decisiones. Para ella lo único que da valor y sentido a la vida es Cristo. Su meta es clara: hacer que lo conozcan. Enseñar que todo es por El; que, presente en nuestras almas por la vida de la gracia, quiere trabajar en cada uno de nosotros en la gran obra del Reino de Dios, que cada uno de nosotros entra en su plan, donde se puede orar, sufrir, hacer... Tal es el término de todo su sistema.

Con él forjará mujeres sólidamente cristianas en el mundo, portadoras del mensaje evangélico, de espíritu fuerte en la fe, con conocimientos sólidos y costumbres sanas y sencillas, capaces de proyectar su espíritu cristiano en el mundo porque lo viven.

Y en esto centró sus energías y quiso que las centraran sus religiosas. Partiendo siempre de que todo lo que se enseñe ha de estar iluminado por la fe y encaminado a afianzarla y hacerla vida, comenzará por desarrollar en las niñas ese conjunto de cualidades, de valores humanos, que harán de ellas mujeres verdaderamente cristianas, porque las virtudes naturales son la firme base de las sobrenaturales. Todo ello exige generosidad y humildad. Y Madre Isabel está dispuesta a darlo todo, reconociendo que es un mero instrumento en las manos del Maestro.

Y aquí está señalado lo característico de su pedagogía: Conocer las cualidades, las aptitudes de cada alumna, porque son el fundamento sobre el cual construir verdaderas personalidades cristianas.

El móvil de Madre Isabel, al responder a la urgente necesidad que ha detectado, es: Dar a las niñas y jóvenes algo más que una simple instrucción por muy rica y amplia que esta fuera. Por eso se apoya en los valores de cada niña, porque la rectitud y la autenticidad son imprescindibles para servir y glorificar a Dios y ser verdaderos hijos de la Iglesia.

Para vivir el cristianismo, para que los hombres acepten el mensaje y amen a Jesús, es preciso que descubran en sus seguidores caracteres nobles y fuertes. San Pablo nos habla del hombre nuevo: El que ha transformado su vida de acuerdo con la de Cristo. Y este es el objetivo que Madre Isabel marca a su estilo educativo. Ella irá delante con el ejemplo, y no perdonará medios para que las virtudes de sus religiosas y educandas sean sólidas y atractivas, y sus criterios claros y convincentes.

El mismo impulso que movió a hombres eminentes a luchar contra la falsa idea de que el catolicismo no tenía nada que ver con la historia, la política, las ciencias y las artes, es el que mueve a Madre Isabel a poner las enseñanzas católicas al frente de su obra educadora para penetrar en el conjunto de las ciencias y en cada una de las personas.

2. Formación intelectual

La inteligencia no es todo en el hombre, pero sí es el instrumento primordial de la liberación humana, la luz que dirige el desarrollo de la personalidad. Alumbrando la elección de la voluntad y oponiendo sus razones a la acometida de los instintos.

La moral y fe cristianas están interesadas en una buena formación del pensamiento. Así podemos decir con Pascal: «Toda nuestra dignidad consiste en el pensamiento.

Trabajemos pues, en pensar bien, de ahí el principio de la moral.» Y con santa Teresa: «Tener altos pensamientos es una gran ayuda para realizar nobles acciones.»

Por todo esto, el aprendizaje del pensamiento ha sido considerado siempre como el objetivo inmediato de toda escuela que quiere formar hombres completos. Pío XII se expresaba así: «Lo esencial en la formación intelectual no reside tanto en el conjunto más o menos importante de conocimientos, sino en la formación del espíritu.»

Madre Isabel, en su sistema educativo, considera el estudio de capital importancia porque facilita el conocimiento y desarrollo intelectual. Y como a sus colegios solo llevarán las niñas y jóvenes para que las eduquen, si las Hermanas son competentes como profesoras, quiere que estas se preparen debidamente poniendo en ello esmero y voluntad:

«Las Hermanas que estén dedicadas a la enseñanza cúmplalo con toda voluntad y esmero. Enseñen con todo cuidado a las niñas cuanto les corresponda: las ciencias, la labor material y sobre todo la virtud.»

Se les pide que procuren hacerse competentes en sus materias y en la pedagogía propia de ellas, esforzándose por elevar el nivel científico del colegio, capacitándose cuanto está de su parte para la obtención de títulos oficiales y consagrándose con ardor al trabajo de la enseñanza:

«En cuanto al trabajo de las Hermanas que ejercen la enseñanza, no es suficiente con que posean los títulos docentes oficiales, es preciso que posean una verdadera competencia didáctica y pedagógica, de modo que dominen las materias que han de enseñar... ejerciten con provecho el ministerio y se prestigie ante las alumnas y la sociedad misma la enseñanza de la Iglesia.»

En primer lugar se les pide un conocimiento de la Sagrada Escritura, profundización en la Teología y comprensión de la Liturgia, porque así podrán establecer una orientación católica en su sistema de educación. Y es que para Madre Isabel era algo congénito descubrir a Dios en todas las cosas como Creador y Señor, a quien todo le pertenece, y su preocupación será transmitirlo en la educación:

«Ved siempre a Dios en todas las cosas; amadle mucho para gozarle después en el cielo, y de las cosas que se han de acabar no hagáis caso.»

La principal ocupación en la educación de las niñas debe ser el buscar la manera de imprimir en sus almas esta verdad. Hacerles ver que toda criatura es de Dios, que ellas mismas han sido creadas y existen por El. Y que todas las criaturas que les rodean son para ellas un medio, un eslabón, pero jamás un fin. Y al transmitirlo, transmitía lo que vivía ella misma.

Mujer de vastos conocimientos, los pone al servicio de la virtud y del bien de sus alumnas. A través de sus programas se desarrollarán de manera equilibrada las distintas funciones del pensamiento y hace a sus alumnas no solo instruidas, sino capaces de instruirse.

En alguno de los programas de sus colegios que el tiempo ha conservado, dice:

«Además de las clases de cultura general, dibujo, música y toda clase de labores femeninas, se estudiará francés, inglés e italiano.»

Su pedagogía pone a las alumnas ante el camino que quieran o puedan más tarde elegir. Por sí mismas podrán penetrar y descubrir lo verdadero de lo falso en las cosas y ordenar y retener sus conocimientos:

“Probaba sus aptitudes, dirigía sus actividades y, una vez conocidas, sin tener en cuenta su posición en el colegio, y mirando solo a su futuro, favorecía con el mayor interés su formación intelectual y práctica en la redacción de cartas, en la economía doméstica, en las labores y quehaceres femeninos, proporcionándoles el material necesario cuando esto era preciso y las interesadas no podían hacerlo.»

La madre Emilia Ramírez hacía esta referencia muchas veces, porque había sido ella una de las favorecidas, y a la generosidad de la Sierva de Dios debía sus éxitos en la pintura y en el bordado, en cuyas artes sobresalió desde la adolescencia.

Pero la formación del espíritu supone no solo el dominio de las materias del curso sino, además, la formación cultural en todos los órdenes. Lo más importante de esta formación es el desarrollo del recto juicio en orden al descubrimiento de la verdad y a la verdadera jerarquización de los valores. A este fin se ordena el trabajo personal, la reflexión sobre los problemas de la vida, el diálogo... Y en este sentido están las normas orientadoras del Vaticano II (GS, 59): «... es preciso cultivar el espíritu de tal manera que se promueva la capacidad de admiración, de intuición, de contemplación y de formación de un juicio personal».

Madre Isabel sabía esto, y al encontrarse por un lado con la incompleta y superficial educación que recibían los que habían de dirigir, y por otro, que a la clase social más numerosa apenas se le impartía instrucción y educación, piensa en el problema que presenta una generación de caracteres débiles, ya sea por excesivo mimo o sea por ignorancia. Y la pregunta que surge es, al mismo tiempo, la respuesta que dará la pauta a su quehacer educativo: ¿No será, acaso, la falta de convicciones claras y fuertes que arrastren a la acción? Por eso insistirá en su tarea educativa en una verdadera formación de la inteligencia, porque son las convicciones las que rigen nuestra vida.

Por eso es su ideal formar caracteres sólidos en doctrina y fundados en la verdad, de modo que las educandas sepan resistir los ambientes malsanos de la sociedad, discernir los errores que se difundan y no aceptar nunca las críticas contra la Iglesia.

Por eso busca para ellas una formación integral. Y una y otra vez les subraya la necesidad de la fe: «Si os falta la gracia de Dios os falta todo», les decía amorosamente.

Centralizaba a Cristo en cada materia y quería transfundir a sus alumnas la verdad suprema del más grande de los bienes:

«En vuestras oraciones pedid siempre al Señor que nunca os falte su divina gracia, porque si ella os falta os falta todo.»

Expresión que recordará emocionada madre Josefa García desde sus años de colegiala, alumna de Madre Isabel.

Como el encuentro de la verdad es objeto de amor, esa verdad es la que ha de transformar la vida. Madre Isabel la siembra en ideas y principios que se desarrollarán a su hora.

3. Formación religiosa

«En el mundo no hay más que un problema y uno solo. Dar al hombre un significado espiritual, inquietudes espirituales. Derramar sobre él algo parecido a un canto gregoriano. Si yo tuviese fe es bien seguro que una vez transcurrida esta época de "job necesario e ingrato", no soportaría otra cosa que Solesmes. Ya es imposible vivir de frigidaires, de política, de balances y de crucigramas. Ya no se puede. No se puede seguir viviendo sin poesía, sin color, sin amor. Tan solo escuchando una canción campesina del siglo XVI se comprende hasta dónde hemos descendido. Ya no queda otra cosa que la voz del robot, solo comprenden el robot, se hacen robots. Todos los desastres de los últimos treinta años tienen únicamente dos orígenes: los atolladeros del sistema económico del siglo XIX y la desesperación espiritual.» (A. de Saint-Exupéry.)

A dar un significado espiritual a la vida del hombre está encaminada la pedagogía de Madre Isabel. Por eso, la educación religiosa es uno de sus puntos claves. Funda su Instituto con este fin y, al especificar las actividades propias de la Congregación, señala particularmente:

«Enseñar la doctrina cristiana...»

La religión es, en su pedagogía, el fundamento y remate de una educación integral. Establece una postura filial ante Dios; proporciona una visión cristiana del mundo; ofrece los principios y los medios para llevar a cabo una conducta ejemplar y buena.

Educa a sus alumnas en la piedad litúrgica: Santa Misa y frecuencia de Sacramentos, que considera puntales de sostén para todo el edificio cultural-educativo en su Instituto.

Fomenta la vida de oración, porque la oración nos alcanza de Dios la fuerza necesaria para vencer las pasiones:

«Muchas veces, decía la madre Natalia Balaguera, nos recomendaba que nunca nos dejáramos absorber por las ocupaciones externas, de modo que de cuando en cuando nos impidiera este olvido levantar el corazón a Dios con alguna santa aspiración, y añadía, corroborando este consejo: "Hijas, se puede orar hasta en la punta de una lanza." A nuestro entender, dicho consejo era un reflejo de su propia vida.»

Madre Isabel piensa también que las ideas claras y convincentes han de comenzar desde las primeras horas de la vida. Por eso goza preparando a las niñas para la Primera Comunión, y confidencialmente solía decirles, afirmaba madre Josefa García:

«Piensa bien, hija mía, que vas a recibir a todo un Dios; ámale mucho, mucho, y sé siempre muy buena.»

Y en otra ocasión:

«Obremos de modo que la conciencia nos pueda decir: "Mi divino Salvador está contento de mí y esto basta".»

Aprovechando la fuerza educativa que tiene la idea de Dios, siempre presente, y su amor eterno hacia nosotros, les decía:

«Así hay que hacer siempre, mis hijas, porque Dios nos ve.» «Porque nos amó y nos ama, creó para nosotras estas cosas tan buenas. Hijas, hay que darle gracias por todo, por todo.»

Y desarrollando más en ellas la fe, a flor de labios le salía el amor que en su corazón tenía a Cristo, y persuasiva y delicadamente se lo inculcaba a todas:

«Al Corazón de Jesús amadle mucho, y por Él sufrid a ciegas.»

Y refiriéndose al mismo divino Corazón decía a una de sus hijas —Madre Fernanda G. Muñoz—, que de Él recibía cuanto necesitaba de paciencia, mansedumbre, amabilidad y demás cosas para cada día.

A la Santísima Virgen la presentó siempre como el ejemplo que todos debían imitar, y quería que la devoción a la Madre de Dios y Madre nuestra fuera entrañable y contagiosa:

«Sed muy devotas de la Santísima Virgen, la cual si bien es Madre de todos los cristianos, pero lo es con singularidad de las esposas de su Divino Hijo, como Ella lo ha manifestado varias veces. Os ordeno también que a las niñas les inspiréis una gran devoción a aquella Madre Santísima, y a los enfermos gran confianza.» Así escribía en sus primeras Constituciones la Sierva de Dios.

Educadora perfecta, da ejemplo de lo que recomienda, y trata por todos los medios de inculcar a las educandas el cariño hacia la Santísima Virgen:

«¿Queréis mucho a la Virgen? Tenéis que quererla, tenéis que quererla», les decía a las niñas en sus encuentros casuales.

Y colocando los nombres de cada una en el corazón-estuche que tenía sobre el pecho una imagen de la Señora, les decía:

«Así quisiera veros a todas, metiditas en el Corazón de la Virgen.»

En la excelsa Señora y Madre quería que tuvieran su mejor confidente, su apoyo seguro, y les urgía cuando algo embargaba sus almas:

«Anda, vete a decírselo a la Santísima Virgen. Es la Madre.»

Y para que esta fe y este amor fuera vivido y con proyección apostólica, quería verlas capaces y dignamente perteneciendo a la «Asociación de Hijas de María», afirmaba la

Madre Emilia G. Ramírez, que fue su alumna hasta la mayor edad, y como ella otras varias.

Fruto de esta misma fe era la convicción y ternura con que inculcaba a las niñas su amor y adhesión a la Santa Iglesia:

«Sí, hijas, tened una fe segura y cierta en las cosas que la Santa Iglesia nos enseña, que nunca nos engaña», recordaba con filial fruición Madre Josefa García.

En Madre Isabel es muy clara la idea de que la fe es el hilo conductor de toda la enseñanza y en consecuencia, considera que toda la obra educativa debe establecer las condiciones más favorables para la educación de la fe. Por tanto, en sus colegios, se ha de:

- Programar y realizar la catequesis progresiva de la Palabra de Dios en el respeto de la libertad y el diálogo.
- Iniciar y cultivar la vida sacramental.
- Formar personas que puedan llegar a ser adultas en la fe.
- Despertar el sentido de responsabilidad apostólica.
- Actuar de manera que se asegure la continuidad en su formación y su inserción en los grupos cristianos.

Un método importante, grato y eficaz, y de gran ayuda para esta formación es el promover obras de apostolado. Con ello se inculca un sentido de justicia social, amor, desprendimiento, conocimiento de las necesidades, pobreza y tristeza de los hombres...

Especial importancia concede Madre Isabel a este punto: La formación religiosa de las alumnas nos puede ser labor particular de algunas Hermanas, ni puede reducirse solo a las clases de religión. Todas las Hermanas, en una labor de conjunto y cada una en el radio de acción en que la coloque la obediencia, deben contribuir a ella aprovechando todas las ocasiones que se presenten. Dice así el Reglamento para los Colegios Corazonistas, recogiendo el sentir de la Madre:

«Toda la comunidad, directa o indirectamente es responsable de la educación de las alumnas y dentro de la clase cada profesora, sea de la asignatura que sea, contribuye a esta formación.»

La meta que Madre Isabel se propone en la educación religiosa de niñas y jóvenes es clara: Que una vez que se integren en la sociedad sean capaces de infundir pensamientos, sentimientos y costumbres cristianas en el interior de la familia, del trabajo, de los lugares donde su vida se desarrolle. Y por ello, no se contenta solo con prácticas exteriores, sino que tratará de formarlas para que busquen en todo la voluntad de Dios y la cumplan con amor, se mantengan firmes ante el respeto humano y no hagan concesiones al espíritu de comodidad y de placer del mundo y a su materialismo. Esta formación ha de proporcionarles fuerza para vencer y les hará comprender que no existe verdadero amor a Dios sin espíritu de sacrificio, de acuerdo

con las palabras de Jesús: «Es necesario que el que quiera ser mi discípulo se renuncie a sí mismo» (cfr. Le 9,23).

4. Formación moral

Considerando la libertad como la capacidad propia para el gobierno de las facultades, de los instintos y aun, en cierto modo, de los acontecimientos, Madre Isabel comprende bien que los niños necesitan en su crecer la guía autorizada del educador. Al efecto, hace a sus religiosas esta observación, y deja constancia de ella en sus Constituciones:

«Considerarán que el Señor les ha confiado a las niñas que tienen a su cargo, y que de la educación que les dieren dependerá la suerte feliz o desgraciada de ellas.»

Para la formación en virtud no olvida Madre Isabel la fuerza del ejemplo sobre la de la doctrina.

«Tenía una gran preocupación por aprovechar bien el tiempo en el servicio de Dios; nunca estaba sin hacer algo, y a nosotras nos hablaba con frecuencia de la cuenta que del tiempo habíamos de dar todos a Dios.»

Si bien Madre Isabel recomendaba educar a las niñas con mucho amor, no excluyó en su educación los valores de la emulación, los premios y los castigos. Sabía que todo niño tiene esto en cuenta como prueba de que se le quiere bien y de que se busca su bien:

«De ordinario, decía la Madre Emilia G. Ramírez, que había sido su alumna muchos años, cuando hacíamos alguna travesura o algo mal, nos corregía como lo haría una buena madre... Pero su bondad no era blandengue, ni permitía la indisciplina.»

El saber corregir exige en el educador un ser más que un hacer, porque el educando no solo cree a su educador, sino que cree en él, se le confía, y la confianza no la inspira la ciencia, sino la virtud.

«Madre Isabel quería a todas las niñas con verdadera caridad, y en sus reprensiones procedía siempre con mucha dulzura, haciéndonos ver que cuando nos portábamos mal desagradábamos a Dios y podíamos ofenderle; pero lo decía con tal cariño, que se notaba una gran diferencia entre el comportamiento de ella y el de otras educadoras», decía doña Eloísa Serrano, al encontrarse con las hijas de la Sierva de Dios, más de una vez.

En la orientación educadora, Madre Isabel da gran importancia no solo a las virtudes propiamente dichas, sino también a todos los valores humanos como indispensables en la formación de auténticos caracteres cristianos. Entre estos valores se destacan:

- la sinceridad,
- la lealtad,

- la fidelidad,
- el sentido del deber,
- la simpatía-alegría,
- la buena educación...

«Entre las cosas que nunca nos toleró decía madre Emilia G. Ramírez, estaba la mentira. Puedo decir que esto lo corregía con mucha entereza, y si el caso lo requería sabía ser enérgica, aunque siempre maternal, muy amable y muy comprensiva con todos.»

Cuidó y cultivó una sana afectividad en las alumnas, sus sentimientos delicados, la cortesía y el servicio a los demás; educó en ellas el sentido de la belleza y del arte, el respeto a las personas y a la naturaleza en general.

A la hora de necesitar orientación y consejo sus alumnas adultas, en el campo de la afectividad natural y humana, les recomendaba Madre Isabel, decía madre Emilia G. Ramírez, una de ellas, que no antepusieran al amor ningún interés que lo enturbiara, porque en tal caso, las bendiciones de Dios no serían con él. Y en otro lugar dice también:

«Siempre nos inculcó mucho respeto a todos, y en la compostura y recogimiento reverencial que quería en la Capilla y en cualquier lugar sagrado o ante la presencia de un sacerdote, creo que llegaba al extremo su fina delicadeza.»

Ningún valor humano o sobrenatural quedaba sin un armonioso cultivo en las alumnas por parte de la Madre Isabel.

5. Eje central de su educación

Se podría decir que el eje central de su pedagogía es «prevenir».

Hay que tener en cuenta la época en que vive para comprender mejor este punto. A causa de las tendencias ideológicas y de la falta de escuelas católicas, propiamente tales, la niñez y la juventud están muy abandonadas a sí mismas. Es cierto que comienzan a surgir escuelas y centros de reeducación para jóvenes extraviadas por la malicia de los hombres o en peligro de caer en deslices morales.

Madre Isabel conoce de cerca estos problemas porque ha vivido algún tiempo observando la Obra de la Fundación de las Oblatas del Santísimo Redentor, dedicada a ellas. Pero piensa que el remedio es más eficaz «previniendo que curando», y esta cura en salud la efectuó dando a las niñas la verdad religiosa y moral como antídoto de prevención y liberación.

Podríamos decir que, en general, su pedagogía preventiva pone a las niñas en la imposibilidad de pecar.

«Sin dejar de compadecer a las pobrecitas que sufrían algún desliz, o a quien la maldad de los hombres contaminaba, siempre amó la inocencia de los

prójimos y se creía llamada a aplicar la medicina que preserva más bien que la cirugía que cura. Y la mejor preservación contra el vicio es, sin duda alguna, la formación en las virtudes desde la temprana edad de la niñez hasta dejar traspuesto el paso resbaladizo de la primera juventud. Este fue su afán dominante, junto con los Ejercicios Espirituales que aseguran el firme caminar del cristiano por la vía recta de la ley santa de Dios.»

En general, un solo afán se vislumbra en la vida de Madre Isabel: «Los intereses de Cristo.» En él encontró la solución a todos los problemas; al abrigo de su amor la vida tuvo para Isabel un sentido nuevo, y su luz le dio alma de apóstol.

Pero esta pedagogía preventiva aplicada a la educación por la Sierva de Dios, no hizo exhaustiva en su alma la caridad, ni mucho menos. Los años que accidentalmente vivió en Cuba, que fueron los de la guerra emancipadora, abrió su casa y extendió su actividad y la de sus religiosas a los hijos de ambos bandos beligerantes, abrió comedores para los hambrientos y necesitados, cuando ella carecía de mucho o de todo; corrió al lado de los enfermos y heridos para hacer, consolar, alentar y ayudar sin distinción de ideologías ni de política, raza o color, porque en todos veía y consideraba a «hijos de Dios».

V. MADRE ISABEL, EDUCADORA

1. La función de educar en Madre Isabel

En la acción educadora de Madre Isabel hay una inspiración evangélica. Ella descubre, respeta y venera, sobre todo en los más desheredados, la persona misma de Cristo, y con mano delicada y maternal procura llevarlos a realizarse y a liberarse para que puedan vivir la vida humana en todas sus dimensiones y llegar a la eterna salvación como hijos de Dios.

Procura salir al paso de las necesidades de una sociedad que, valorando lo material y el éxito, por encima de todo, prepara a sus niños por métodos de competición agresiva e individualista.

Madre Isabel, por el contrario, trabaja por inculcar los valores de un amor gratuito de confianza inquebrantable en la persona, de sencillez, tolerancia, reconciliación, olvido de sí, servicio, paciencia, esperanza, amor a los marginados.

Y no solo esto, ella busca abrir, dilatar, iluminar y adornar progresivamente el espíritu del niño y del adolescente que despierta a la vida, descubriéndoles lo bueno y lo verdadero.

2. Su misión como educadora

En su misión el educador cristiano es un:

- Enviado de Dios.
- Delegado de la Iglesia.
- Aceptado por los padres de los alumnos.

Madre Isabel, responsable de su labor, dirigió su mensaje a formar verdaderas personalidades. Actuó como «presencia» y como «comportamiento»; estuvo junto a

sus alumnas y religiosas, era una entre ellas. Actuó como «testimonio» de los valores humanos y cristianos que enseñaba. Solo deseaba la gloria de Dios.

«Su paciencia y humildad en aquella ocasión, dirá una de sus hijas, Madre Fernanda G. Muñoz, la caridad de sus palabras y su resignación tan fervorosa, quedaron en mí tan grabadas que la admiré cada vez más, y no las vi desmentidas nunca, no en su conducta ni en sus palabras.»

Madre Isabel enseñó educando para salvar y santificar, y para dar a la Iglesia apóstoles que la siguieran en su labor.

Por eso insiste tanto en la enseñanza de la doctrina cristiana, para que conociendo el mensaje de Cristo, lo pongan en práctica.

Así, en el Capítulo primero de sus Constituciones, después de sentar en ellas los fines del Instituto, sin omitir el de la enseñanza, señala particularmente este:

«Enseñar la doctrina cristiana.»

Al hablar de la Visita que la Superiora o la Visitadora General debe hacer a las Casas, repite:

«Verán si instruyen a las niñas en la doctrina cristiana y demás ramas establecidas en la Casa.»

En el Capítulo referente a las Superiores Locales vuelve a insistir:

«Procuren que las personas de su establecimiento sepan la doctrina cristiana.»

Y entre las reglas de las Maestras:

«Incúlquese con mucho amor a las niñas que la mejor recomendación que pueden tener es la sólida piedad, la modestia, la sumisión y el retiro.»

3. El amor y el ejemplo en su quehacer educativo

Madre Isabel es la pedagoga del amor, porque obra de amor ha de ser la educación, y esta disposición inculca también a sus hijas, y deja constancia en las mismas Constituciones:

«Concíliese —la Hermana— el amor y respeto de las niñas por su comportamiento edificante. Proceda en la corrección sin enfado y solo movida por un caritativo deseo del mayor bien espiritual y temporal de la alumna, de modo que esta entienda que es amada y apreciada de sus Maestras. Nunca el temor infunde amor a la virtud.»

Abierta a todos, considera que solamente los más necesitados tienen derecho a beneficiarse de un amor más cálido:

«Particularmente afectaba su delicado corazón la situación de las familias que, ricas o acomodadas un tiempo, los azares de la vida las habían reducido a la indigencia. Cuántas veces se la oía decir, afirmaba la Madre Emilia G. Ramírez, que eran más dignos de compasión los pobres que un día habían vivido en la abundancia que los que jamás habían conocido las comodidades de la vida.

Y ella tenía tal predilección por estas niñas, que en sus colegios e internados en nada se diferenciaban de las otras, y con especial cuidado procuraba y recomendaba que no fuera conocida de sus compañeras la caridad que se le dispensaba en el colegio.»

Madre Isabel es la pedagoga de la fraternidad cristiana:

«Rehusaban varias alumnas admitir en sus juegos a una compañera de colegio, mulata y de pobre aspecto; otras, apoyaban la admisión. El desacuerdo subió de tono y Madre Isabel se hizo presente en el patio.

—¿Cómo es eso? —dijo—. ¿Olvidáis que el Padre de ella y el vuestro es Dios Nuestro Señor y que todos somos hermanos?

Es verdad que hay diferencia entre unos y otros en el mundo; que unos tienen más y otros menos; que unos saben más que otros. Unos tienen autoridad y nos gobiernan y otros tenemos que obedecer. Pero todo eso es mutable y se acaba. Y el que hoy es superior y gobierna, mañana tendrá que obedecer a quien él antes mandó. Y uno que hoy es rico, mañana puede ser pobre. Por eso dicen los Libros Santos: "No hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti."

Eso que aquí se dice "categoría alta o baja", ante Dios, que es el Padre de todos, no vale nada. Delante de Dios solo hay dos clases de personas: buenos y malos; los que viven en gracia y los que viven en pecado mortal. Así y todo, con estos tenemos que ser compasivos y con amor y paciencia atraerlos al bien para que se salven.

Ea, pues, mis niñas, a jugar todas unidas, porque todas sois hijas de Dios. Esa es la única riqueza y la única grandeza que vale.

— Sus palabras amables y persuasivas ganaron a todas para la amistad fraterna y se pusieron a jugar alegremente» (Referencia de doña Dolores Montagú. Antigua alumna de Pinar del Río).

Con abnegación y sacrificio Madre Isabel busca y quiere solamente el bien de las educandas.

Madre Isabel es también la pedagoga del ejemplo:

«Presidían una fiesta de fin de curso las primeras autoridades de la ciudad. Al final se haría el reparto de premios adjudicados a los méritos del curso escolar para cada alumna. Por sus dotes artísticas se distinguió notablemente en su actuación una de las mayores. Se llamaba Andrea. La presidencia se entusiasmó y pidió para ella el primer premio. Era buena alumna, pero no le correspondía el primero. Madre Isabel no accedió a la petición, porque—dijo— la justicia es una virtud cristiana y en ella se educa a las alumnas. Ver ellas en sus profesoras la teoría y la práctica en desacuerdo, es inadmisibles. Quedarían sin sentido sus enseñanzas.

Suavizó la situación de la Presidencia del mejor modo y dejó a salvo la virtud» (Ibidem).

De Madre Isabel decía también madre Natalia Balaguera y lo afirman, asimismo, otras de sus hijas:

«A pesar de su salud tan quebrantada, era muy activa y laboriosa. Nunca estaba sin hacer algo, y con su natural sencillez hacía las cosas más humildes

con toda naturalidad. Solía decir que deseaba que sus religiosas fueran como las violetas, que sus buenas obras no se conocieron más que por .su perfume.»

Así, quedamente, Madre Isabel dirigía a sus educandas, las despertaba y les ayudaba alumbrando su camino.

«En varias ocasiones, afirmaba don Inocencio Romo, presbítero, cuán satisfecha y gozosa se hallaba en medio de sus niñas; complacíase en verlas jugar, seguía sus conversaciones y no se cansaba de verlas a su alrededor. La bondad caritativa de su corazón, su encantadora sencillez y su conversación serena y concisa, unida a una delicadeza singular, atraía irresistiblemente”.

4. Madre Isabel, figura de la educadora ideal

Toda la actividad de su pedagogía está revestida de una audacia apostólica y de una humildad conquistadora, porque

- supo suscitar colaboradoras,
- educarlas y emplearlas eficazmente,
- e inculcó en ellas un ideal: el de hacer cristianas auténticas que, redimidas de la ignorancia, supieran colaborar con la gracia de Dios.

Mujer de gran personalidad, arraigada en actitudes evangélicas y entregada totalmente a las almas, fue verdaderamente MAESTRA:

- Maestra por la segura posesión de la doctrina.
- Maestra por la continua, profunda y fresca actualidad de su vida cultural. Siempre al tanto de los métodos más recientes y sensible siempre a las exigencias del momento.
- Maestra por la capacidad de adhesión a la realidad diaria y por su habilidad para insertar en ella a sus alumnas, enseñándolas a vivificarla con la verdad y a profundizar en su sentido con una eficaz meditación.
- Maestra por su aguda penetración del espíritu de los demás. Penetración auxiliada por su labor religiosa, su ciencia profunda, unidas en pulso firmísimo para guiar y dirigir.
- Maestra por las nobles enseñanzas que impartía a las niñas y educadoras, animándolas y dotándolas de directrices seguras para su acción apostólica.

Con san Pablo, se hizo toda para todos para llevarlos a Cristo. Porque, en fin de cuentas, la pedagogía de Madre Isabel es, como en el Apóstol, una emanación de su vida interior.

VI ACTUALIDAD DEL PENSAMIENTO PEDAGOGICO DE MADRE ISABEL

Fácil es descubrir, desde el punto de vista cristiano, el valor que pueda tener, en un mundo de encrucijadas ideológicas tan desconcertante como el nuestro, el pensamiento pedagógico de Madre Isabel y su perenne actualidad.

- a) Más que problema de diferencia de religiones puesto que el Ecumenismo ha avanzado rápidamente tratando de romper toda barrera que impida una fraternidad auténtica, es problema de ateísmo, que o bien se desentiende de toda referencia a Dios o lo niega explícitamente.

El Concilio Vaticano II, en la *Gaudium et Spes* números 19 y 20, presenta una síntesis que puede servir de punto de referencia a una ideología que está totalmente influenciada por él.

Dice así: «La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios. Existe, pura y simple-mente, por el amor de Dios que lo creó y por el amor de Dios que lo conserva...

Muchos son, sin embargo, los que hoy día se desentienden del todo de esta íntima y vital unión con Dios o la niegan en forma explícita. Este ateísmo es uno de los fenómenos más graves de nuestro tiempo, y debe ser sometido a un atento examen.

La palabra ateísmo designa realidades muy diversas. Unos niegan a Dios expresamente. Otros afirman que el hombre nada puede decir acerca de Dios. Los hay que someten la cuestión teológica a un análisis tal, que reputa como inútil el propio planteamiento de la cuestión. Muchos rebasando indebidamente los límites de las ciencias positivas, pretenden explicarlo todo sobre esta base puramente científica, o, por el contrario, rechazan sin excepción toda verdad absoluta. Hay quienes exaltan tanto al hombre, que dejan sin contenido la fe en Dios, ya que les interesa más, a lo que parece, la afirmación del hombre que la negación de Dios. Hay quienes imaginan un Dios por ellos rechazado, que nada tiene que ver con el Dios del Evangelio. Otros ni siquiera se plantean la cuestión de la existencia de Dios, porque, al parecer, no sienten inquietud religiosa alguna y no perciben el motivo de preocupaciones por el hecho religioso. Además, el ateísmo nace, a veces, como la protesta violenta contra la existencia del mal en el mundo o como la adjudicación indebida del carácter absoluto a ciertos bienes humanos que son considerados prácticamente como sucedáneos de Dios. La misma civilización actual, no en sí misma, pero sí en su sobrecarga de apego a la tierra, puede dificultar en grado notable el acceso del hombre a Dios...

Con frecuencia, el ateísmo moderno reviste también la forma sistemática, la cual, dejando ahora otras causas, lleva el afán de autonomía hasta negar toda dependencia del hombre respecto de Dios. Los que profesan este ateísmo afirman que la esencia de la libertad consiste en que el hombre es el fin de sí mismo, el único artífice y creador de su propia historia. Lo cual no puede concillarse, según ellos, con el conocimiento del Señor, autor y fin de todo o, por lo menos, tal afirmación de Dios es completamente superflua. El sentido de poder que el progreso actual da al hombre puede favorecer esta doctrina.

Otra forma de ateísmo pone la liberación del hombre en su liberación económica y social. Y pretende que la religión por su propia naturaleza es un

obstáculo para esta liberación, porque, al orientar el espíritu humano hacia una vida futura ilusoria, aparta al hombre del esfuerzo por levantar la ciudad temporal...»

- b) Al mismo tiempo, el programa científico que, cada vez pone más plenamente a la naturaleza bajo el dominio del hombre, hace sentir menos la presencia e incluso la necesidad de Dios. La razón va siendo la norma suprema del obrar. No se busca más que lo utilitario y práctico. Así, la fisonomía religiosa va perfilándose con características propias:

- Tendencia a la desmitización y despoetización del mundo.
- Amortiguamiento de la fe religiosa.
- Pérdida del sentido de la expresión y de leer el profundo contenido de los símbolos.
- Absorción del individuo en la masa.
- Apresuramiento y superficialidad de la vida del hombre.

Parece que el sentimiento es la norma de toda acción. La atmósfera está cargada de un hedonismo exacerbado. Se busca el estímulo, se siente la necesidad de distracciones, de esparcimiento. Se quiere vivir y gozar.

Cabe preguntarse si no se deberá todo esto a la huida de un mundo cuyo interrogante solo podría tener respuesta desde el interior en un sentido trascendente.

Lo cierto es que el hombre va perdiendo la unidad interior, la capacidad de recogimiento, el sentido de la vida y se deja llevar locamente en la barca que, sin timón, se desliza por la corriente durante todo su curso.

La solución, desde luego, no está en condenar todo esto.

Sin embargo, hay que señalar la importancia tan grande que todo ello tiene para la educación.

- c) Impresiona constatar la falta de la capacidad de compromiso. Impresiona la angustia del que correr detrás de una explicación que llene de sentido lo que solo se puede comprender si se acepta el misterio. Impresiona el correr alocado de los hombres que solo buscan satisfacer su propia necesidad sin apenas percibir que aplastan a los demás.

Impresiona constatar la pérdida del sentido trascendente de la vida; no se siente el más allá. Se quiere olvidar la certeza de la inmortalidad.

Ante estas situaciones surge una pregunta: ¿No se debe todo esto a una falta de ideología clara que sirva de apoyo intelectual a un vivir con autenticidad?

He aquí la importancia trascendental de la educación, y de una educación que tenga como programa el cristianismo.

Muchos consideran esto como una violación y coacción de la libertad. Pero abiertamente hay que confesar que el hombre está dirigido por un orden superior, y, por lo mismo, hay que enseñarle que Dios no es solo el Creador lejano, sino alguien próximo a nosotros absoluta y radicalmente, hasta el punto de haberse hecho hombre como nosotros para asumir todas las realidades

humanas y llenarlas de contenido.

El Concilio Vaticano II, en la *Gravissimum educationis*, número 2, confirma el derecho que tienen todos los bautizados a ser educados en la fe, en la esperanza y en la caridad para que vivan, según el hombre nuevo, en la justicia y en la santidad. Y dando testimonio de la esperanza que hay en ellos, contribuyan al bien de toda la sociedad.

Cristo es el hombre que teniendo siempre presente su misión dio a su vida el sentido trascendente que lleva consigo la libertad del que obra con dependencia del que ES, y por eso merece ser resucitado, lo que nos asegura que está por encima de toda fuerza humana, dando certeza radical a nuestra fe y la seguridad de que Él es el Camino, la Verdad y la Vida.

De este modo, la educación cristiana tiende a que los valores humanos de la persona alcancen su plenitud en Cristo (cfr. G. S. 22).

— Este fue el ideal de Madre Isabel en la educación que aplicó a sus alumnas durante toda la vida. Por ello, su pedagogía tiene un valor de actualidad, porque sus fundamentos se apoyan en lo esencial.

- d) Otra cosa que llama fuertemente la atención hoy, es constatar que, cuando el joven se enfrenta consigo mismo, con la sociedad y la religión, cómo se despierta en él una gran rebeldía a todo lo recibido, y esto especialmente en el campo religioso, porque no ve que esas ideas sean las que dirigen la vida de los que con él conviven.

Y en vez de buscar la solución en la verdadera doctrina de Cristo la busca en ideologías humanas, sin caer en la cuenta de que ellas solo pueden darle una solución parcial, y de que a la hora de la verdad nada pueden hacerle, porque lo humano es siempre limitado.

- e) Otra cosa que llama fuertemente la atención hoy, es constatar cómo, cuando el joven se enfrenta consigo mismo, con la sociedad y la religión, se despierta en él una gran rebeldía a todo lo recibido, y esto especialmente en el campo religioso, porque no ve que esas ideas sean las que dirigen la vida de los que con él conviven.

Y en vez de buscar la solución en la verdadera doctrina de Cristo, la busca en ideologías humanas, sin caer en la cuenta de que ellas solo pueden darle una solución parcial, y de que a la hora de la verdad nada pueden hacerle, porque lo humano es siempre limitado.

Por eso es necesario transmitir a los que caminan junto a nosotros que el cristianismo requiere un gran esfuerzo, que es distinto de lo que viven muchos cristianos. Que se trata del Evangelio y que de cada uno depende el vivirlo, y, sobre todo, que es lo único que da sentido pleno a nuestra vida, siendo capaz de llenar de alegría el duro peregrinar, porque se caminará siempre con la esperanza firme que da la fe, ya que la meta está más allá, en Dios.

- A situaciones análogas a estas en su época respondió Madre Isabel, y ese fue el móvil que orientó y empujó su pedagogía. Por tal razón, es válida para las necesidades de hoy como lo fue para aquéllas.

Con el fin de contrarrestar las deficiencias que existían en la educación y la enseñanza, responde con una verdadera formación intelectual. Su enfoque pedagógico está lleno de aciertos, y el primero de todos es su empeño en

fortificar los caracteres, dándoles unas ideas claras y precisas como timón seguro para navegar audazmente entre corrientes opuestas. Pues solo puede hablarse de autenticidad de vida si está cimentada en una clara base intelectual, ya que las ideas son el motor de las acciones.

Pero la orientación pedagógica que Madre Isabel da a la educación no se fija solo en la formación de las inteligencias, aspira a configurar personalidades recias, y para esto tiene también en cuenta la formación de la voluntad.

- f) Del naturalismo que reina actualmente somos todos testigos. El avance técnico, la publicidad, los medios de comunicación social, todo favorece cada vez más el ansia de placer. Se busca lo cómodo y se huye del esfuerzo, del servicio... Posturas que encierran el peligro de hacer personas débiles, inconstantes..., y es de capital importancia tenerlo en cuenta en la educación.
- De aquí la concepción pedagógica de Madre Isabel, que busca el desarrollo de los valores humanos del educando, y sobre ellos forma al cristiano, al hombre nuevo, según el modelo: Cristo.

Y esa educación integral la basa y fundamenta en la educación religiosa. Y la quiere sólida y bien vivida, auténtica y apoyada en la liturgia, en la oración, en la sustancia divina que los Sacramentos depositan en el fondo del alma.

Sus grandes aciertos en el campo de la educación cristiana provienen «de su método» de permanecer unida a Cristo. De ahí su deseo de cristianizar todas las enseñanzas, penetrar todos los programas de su divina luz, unificando la instrucción religiosa con la profana, logrando por esa unidad la fecundidad.

De este modo, hacía formativas todas las materias para una continua efusión del Espíritu Santo.

- En su orientación educativa, Madre Isabel tiene un eje central: el sistema preventivo. Es un gran acierto, porque la parte positiva de este sistema lleva al pleno desarrollo de la personalidad, puesto que tiene en cuenta el temperamento y las cualidades de cada alumno, y partiendo de ahí se emplean los recursos convenientes para que adquieran una educación completa.
- Idea directriz de Madre Isabel es buscar los designios de Dios sobre las almas que se le confían y hasta sobre las circunstancias que las rodean. Es enemiga de educaciones en serie; por eso pide que se atienda a cada una como objeto privilegiado de la atención de Dios.
- *El educador.* Actual y positiva es también la figura del educador que Madre Isabel presenta, tanto en sus cualidades como en sus actitudes.

En primer plano y como punto esencial coloca la autenticidad de vida, arraigada en el Evangelio, que ha de tener el educador en la fe. Pues para hacer obra de educación es necesario el esfuerzo constante por llegar a la plenitud, a la madurez completa de la propia existencia humana y cristiana. El educador cristiano ha de haber logrado para sí una vida radicada en Cristo para ser ejemplo de aquel a quien ha de educar. Solo así llegará a situarse en verdadera libertad, lo que significa un cierto nivel de perfección.

Y es solo así cómo logrará también que lo cristiano vaya informando la vida del educando.

- Tal es también el pensamiento de Madre Isabel. Ella presenta al educador como un convencido de su misión, que tiene claro su ideal. Como alguien a

quien nadie puede detener en su entrega, porque siempre le impulsa la fuerza de su celo apostólico.

Gran importancia tiene la influencia personal para ganarse la confianza de los educandos. El educador lo consigue si ama a cada uno de sus alumnos y a tiempo sabe salir a su encuentro.

- Madre Isabel hace resaltar también esta importancia, pues no se puede medir lo que significa para un niño que siente una necesidad, el ver venir hacia sí a su educador lleno de amor y comprensión.

En estas dos palabras: amor y comprensión, se encuentra lo esencial de la labor del educador.

- También insiste Madre Isabel en la competencia profesional de sus religiosas-educadoras, y lo considera como condición indispensable para formar a través de la enseñanza verdaderas personalidades cristianas.

La educación cristiana no consiste para ella en prácticas o enseñanzas determinadas, sino en la transmisión de una vida, de un pensamiento, que es el de Cristo. Y esto por todos los medios, uno de los cuales es la cultura.

- Esta visión de la educación es de sumo interés, y lo es hoy más si tenemos en cuenta que la escuela no es una institución propiamente cristiana, sino un instrumento y un medio debido a todo ser humano para ayudarlo a su desarrollo existencial. Realidad que tuvo en cuenta Madre Isabel para alentar y dar mayor impulso a la escuela cristiana en su número y en su autenticidad, y esa misma inquietud quiso comunicarla a sus hijas de todos los tiempos y lugares.
- En su orientación pedagógica insiste también Madre Isabel en el contacto personal entre educador y educando, toda vez que el proceso de ayudar a un ser humano a capacitarse para su realización solo pueda darse de persona a persona.

Tiene igualmente en cuenta que el educador solo es un instrumento y que solo formará personas en la medida en que haga capaces de prescindir de él a aquellas a quienes educa. Jamás deberá proyectarse sobre el educando, sino ayudarlo a encontrarse con la realidad de sí mismo y cooperar así al proceso de su maduración.

- Madre Isabel sabe asimismo que educar no es solo el resultado del contacto educador-educando, sino también de otros factores que entran en juego, como los padres, los hermanos, el ambiente social, etc., y que dentro de la escuela educa todo.

Por tal razón, es nota típica de su pedagogía la existencia de una unidad perfecta entre las diversas maestras para que coincidan todas en la manera más apta de formar a cada niña. Y este resultado, tan importante como difícil, no será obtenido ni por el estudio ni por la capacidad intelectual, sino por la perfección del espíritu religioso de las educadoras, porque la que solo desea actuar según la voluntad de Dios no se apega a su propia voluntad, y por eso, para encontrar a Jesucristo, se adhiere por la obediencia a las directrices de la autoridad y de la regla.

El educador de las nuevas generaciones ha de aparecer, cada vez más, como el hombre cuyo ideal de vida humana y cristiana esté abierta a los valores y

que, a su vez, los posea iluminados por los del Evangelio, porque «el porvenir de la humanidad está en manos de quienes sepan dar a las nuevas generaciones razones para vivir y razones para esperar» (G. S. 31).

CONCLUSIONES derivadas del pensamiento pedagógico

de Madre Isabel:

1. El deseo de Madre Isabel es responder a una necesidad urgente de su época y, más concretamente, a la educación de la mujer.
2. Línea directriz de su pensamiento es formar a sus alumnas dándoles unas ideas firmes y unas convicciones profundas que maduren su personalidad y les ayuden a caminar por la vida.

Este punto es importante, puesto que una sólida formación intelectual es urgente para que nuestras juventudes adquieran firmeza de criterios, condición indispensable para que puedan desenvolverse convenientemente dentro de las diversas corrientes ideológicas actuales.

3. Madre Isabel tiene una meta educativa: formar auténticas personalidades cristianas. Su punto de apoyo son los valores humanos que poseen cada una de sus educandas; sobre ellos desarrollará los valores sobrenaturales.

La actualidad de esta norma es clara, puesto que la pedagogía actual sigue esta línea: el desarrollo de los valores naturales y propios de cada uno.

4. Eje central de su pensamiento pedagógico es el sistema preventivo y el amor. Ambos son importantes y de gran eficacia en el quehacer educativo.
5. Fundamenta la vida de fe en una sólida y profunda piedad. Una instrucción eficaz y vivencial que, unida al fomento de la oración litúrgica y personal y a la recepción de los Sacramentos, serán puntales de la educación integral querida por Madre Isabel para sus colegios.

Norma también de gran actualidad, porque responde a las exigencias del compromiso cristiano: dar testimonio de vida cristiana con la propia existencia.

6. Exige en el educador unas actitudes y valores que muestran lo importante que es en su misión como animador del proceso madurativo en la persona. Importante no solo desde el punto de vista humano, sino también desde el proceso madurativo de la fe.